

CONSEJERÍA MATRIMONIAL ARTÍCULOS

EL PROPÓSITO BÍBLICO DEL MATRIMONIO 3

MATRIMONIO ¿DE QUIÉN ES EL SUEÑO? 6

EL TEMOR DE CRISTO ES EL PRINCIPIO DE LA SABIDURÍA 11

UNA TEOLOGÍA BÍBLICA DE LAS RELACIONES 21

EL PODER DE NUESTRAS PALABRAS: HABLANDO REDENTIVAMENTE EN EL MATRIMONIO 32

GUÍA PARA LA COMUNICACIÓN 39

EL DIVORCIO: UNA PERSPECTIVA BÍBLICA 40

LOS MITOS DEL DIVORCIO 50

CÓMO EVITAR EL ADULTERIO EMOCIONAL 52

¿QUÉ HAGO CON MIS SENTIMIENTOS? 54

El Propósito Bíblico del Matrimonio

Una plática de Richard Pratt, Jr., 12 Oct. 2000, Mérida, Yucatán, México

No soy un experto del matrimonio pero tengo 28 años de casado. Nos casamos a los 19 años. No sé cuán común sea esto aquí, pero no es tan común en los Estados Unidos, y por una buena razón. La razón es que a los 19 años no sabes nada de nada. La única que sabíamos es que queríamos tener sexo. Y no sabíamos cómo hacerlo y mantenernos buenos cristianos. Esto es la verdad. Así que pueden ustedes imaginarse que pasamos por varios años de lucha, de problemas. Y debo confesarles que en estos 28 años ha habido momentos en que nos hemos preguntado si no es que hemos cometido un gran error. La mayoría de las personas cambian mucho entre los 19 y los 25 años. Durante ese tiempo tuvimos muchos dolores y problemas. Pero ahora 28 años después y una nieta después, yo estoy en una posición de poder reflexionar acerca de estos últimos 28 años. Y realmente soy una persona honesta, generalmente. Y cuando miro atrás estos 28 años, me hago esta pregunta: “¿Valía la pena?” “¿Valía la pena permanecer con la misma mujer todos estos años? Es una pregunta honesta, ¿Valía la pena?”

En los EEUU solía ser como era aquí. Había mucha presión social para permanecer juntos. Pero ahora en los Estados Unidos no hay nada de esa presión social para permanecer juntos. Nada. De hecho, cuando vas al trabajo y ven cómo es, la presión es “¡Déjala! ¿Tienes problemas? Simplemente, divórciate, está bien.” Y esto ni siquiera es muy diferente en los círculos Cristianos. En los EEUU ya han rebasado la marca o el punto 50-50. Más del 50% de los matrimonios en los EEUU terminan en divorcio. Y las estadísticas entre los cristianos realmente no son más alentadoras. Así cuando yo miro mi matrimonio, me hago la pregunta, “¿Valía la pena?” y “¿Por qué valía la pena?” (porque mi respuesta básicamente es “Sí.”) No fue “Camelot.” No fue un cuento de hadas. Pero, ¿valía la pena? Sí. Y les puedo decir por qué. Porque yo creo que nuestra fe nos enseña algo muy importante con respecto al matrimonio. Yo pienso que nos da una perspectiva del matrimonio que es mayor que nosotros.

Si piensas en la manera en que la mayoría de las personas deciden casarse, más o menos es la razón por la cual mi esposa y yo decidimos casarnos. Tal vez no lo llaman sexo. Tal vez lo llaman “amor.” Pero básicamente, la gente se casa porque se aman. Ves a una persona, sales con ella, te enamoras y te casas. Y para nosotros esta es una manera natural y normal de hacer las cosas. Es tan normal que no nos damos cuenta de que hay desventajas en esto. Déjenme decirles lo que me dijeron unas personas de la India, con las cuales estaba yo platicando. Nunca habían ido a los EEUU. No habían estado en el Occidente para nada. Y estábamos hablando de las diferencias entre su cultura y nuestra cultura. Y yo les pregunté “¿cómo es que se conocieron ustedes?” Y la mujer dijo esto: “Ah, nuestro matrimonio fue arreglado desde la niñez.” Y yo dije. “O, ¡qué tan raro es eso!” Y la miré y lentamente dije, “¿Cómo es posible que permanezcan casados si tu matrimonio fue arreglado por tu familia?” Y ella me miró y me dijo, “¿Cómo es que *ustedes* pueden permanecer juntos si se casan porque se aman? Mi familia permanece igual y la familia de mi esposo permanece la misma, y ellos nos mantienen juntos durante los tiempos difíciles. ¿Qué es lo que les mantiene juntos a ustedes?” Y yo le dije, “Pues, aparentemente no mucho.” Si el único que mantiene junto tu matrimonio es el amor que tienen el uno al otro, sabemos realmente que se te puede ser muy peligroso. Porque nuestros sentimientos van y vienen. Cambian. Vacilan. Así que esta mujer estaba diciendo algo muy cierto. Ella estaba diciendo que su matrimonio estaba *cimentado en algo más grande*. En su caso, era

la familia de él y la de ella. Yo estaba equivocado. Yo estaba equivocado que yo pregunté “¿Cómo es que están juntos?” Ese ambiente les ayudaba a permanecer juntos.

Pero lo que quiero sugerir es que la perspectiva Cristiana es un poquito diferente a la que tenía esta mujer de India. Pero también la perspectiva Cristiana es un poco diferente a lo que en el Occidente se cree. En lugar de ver el matrimonio como dos personas que se aman en un momento, necesitamos a empezar a notar lo que está alrededor del matrimonio, otras cosas que van a mantener el matrimonio junto cuando las cosas van arriba de abajo.

Yo creo que una de las cosas que nosotros muchas veces no vemos es lo que la Biblia dice acerca del *propósito* del matrimonio. ¿Se acuerdan que Dios ve a Adán y dice que no está bueno que el hombre esté solo? Ya saben ustedes como interpretamos este versículo en nuestra sociedad narcisista: Adán sintió soledad. Estaba mirando sobre él y decía, “¡Ay estoy tan solo!” Pero el pasaje no dice nada acerca de los sentimientos de Adán, que decía “Ay, necesito a un amigo.” No dice eso el pasaje. En vez de esto, miren lo que fue la mujer para Adán. No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacer una ayuda idónea que sea su compañera. Esa no significa sirvienta. Les recuerdo que también al referente a Dios, le decimos que es nuestra ayuda, así que no significa que la mujer es la sirvienta del hombre. Lo siento, muchachos, pero no lo dice. Pero sí significa esto: Que ella es una ayuda, una compañera, una socia en un proyecto. ¿Por qué no era bueno que el hombre esté solo? No porque sentía soledad sino porque necesitaba ayuda para hacer algo. ¿Cuál era ese proyecto por lo cual él necesitaba ayuda? La respuesta se encuentra en capítulo uno de Génesis. Ya han escuchado este versículo pero se lo voy a repetir. Dios dijo esto: “Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza, y Dios los bendijo y dijo, “Sed fructíferos y multiplíquense. Llenad la tierra. Sojuzgadla. Y tengan dominio sobre ella.” ¿Escucharon a lo que le dijo Dios a la raza humana? Sed fructíferos. Multiplíquense. Llenad la tierra. Sojuzgad. Tengan dominio sobre ella. ¿Cuál era el problema de Adán? No había de ninguna manera que pudiera hacer todo eso solo. Como ustedes pueden notar, el matrimonio no es para que yo satisfaga alguna necesidad psicológica, primeramente. Está diseñado en el primer lugar para cumplir el propósito de la raza humana.

¿Cuál es el propósito de la raza humana? Quiero que se metan en una maquina de tiempo conmigo y que nos vayamos en el tiempo a los tiempos de los días bíblicos, los días de Charleton Heston y Yul Brenner (de “Los Diez Mandamientos”). Allá en los tiempos bíblicos los reyes tenían una práctica que realizaron. Ellos demostraban su gloria y su poder en una manera muy particular: ellos hacían imágenes de sí mismos, estatuas. Algunas eran grandes y algunas pequeñas. Y los reyes tomaban su ejército y hacían que llevara todas esas estatuas, y las esparcían por todo el reino. Así que las estatuas representaban el rey por todas partes, en las partes más distantes del reino, en las ciudades capitales, en los puertos, a la ribera, en los límites y las fronteras. Cuando el rey conquistaba más territorios, una de las primeras cosas que hacía era poner otra imagen u otra estatua del rey allí. Y ¿ustedes entienden por qué, verdad? Esta es la manera en que ellos establecían la extensión hasta donde llegaba su reino. Así que recuerden lo que estos reyes hacían. Hacían muchas imágenes de ellos mismos y comenzaban a esparcirlas por todo el reino, por todos lados. ¿Les recuerda esto de algo? Debería. Esto les debe recordar lo que Dios hizo con *Su* imagen. La imagen principal de Dios en la Biblia es esa de un Rey. Y lo que los primeros capítulos de Génesis nos dicen es que Dios actuó como un rey. Él tiene un reino. Y su reino es el mundo. El mundo es donde supuestamente debe ser honrado, Él lo posee, es su Dueño. Él lo goza. Pero ¿cómo va a demostrar Dios que el mundo es Suyo? Por eso dice “Hagamos al hombre a nuestra imagen. Y que sean fructíferos y se multipliquen. Y que llenen la tierra. Y que sojuzguen la tierra. Y tengan

dominio sobre la tierra.” Como pueden ver, esto es para lo que fuimos creados, para multiplicar imágenes de Dios y llenar la tierra. Es para eso que respiramos.

¿Alguna vez te has levantado por la mañana y te preguntas, “¿Por qué estoy respirando?” Yo lo hago todo el tiempo. ¿Soy el único que hace eso? ¿Señor, por qué estoy respirando otra vez? ¿Respiras solamente porque tienes miedo de morir?

Probablemente hay una mejor manera de vivir que esta manera. La respuesta Cristiana es nosotros vivimos para multiplicar las imágenes de Dios y dominar la tierra. Y lo hacemos para la gloria del reino de nuestro Dios. Pero estas ideas son tan extrañas para nosotros que si alguien te pregunta “¿A qué te dedicas?” o “¿Qué haces?” Nunca vas a responder esto. Puedes imaginarte estando en una fiesta y conoces a alguien y dices “¿Cómo se llama?” y dicen sus nombres y bueno, te preguntan que es lo que haces y dices “Yo estoy multiplicando y teniendo dominio, ¿y usted?” Es ridículo incluso en un grupo cristiano, pero esto muestra cuán lejos estamos de la idea bíblica de la razón por la cual nosotros vivimos o existimos.

Pero una vez que ya tú entiendes por qué es que existes ahora, podemos ver la importancia del matrimonio. Porque necesitas a una pareja o a un compañero para llenar la tierra con imágenes de Dios. Y no me estoy refiriendo simplemente a la biología, que reproduzcas biológicamente, sino que también reproduzcas espiritualmente. Y necesitamos ayuda para eso, un compañero confiable. Y si quieres llenar la tierra y sojuzgarla, necesitas a un compañero confiable. Así que cuando llegas al final de tus días (y vendrá muy rápidamente). Cuando llegas al final de tus días y veas para atrás, habrá ciertas decisiones que habrás tomado, algunas te lamentarás por ellas y algunas estarás muy agradecido por haberlas tomado. Pero una de las decisiones de las cuales debemos estar agradecidos por haber tomado es la decisión de casarnos. Yo vi que la vida de mi esposa y mi vida tenían el propósito de construir o edificar el reino de Dios. Esto es una cosa muy buena para tener en tu corazón. Y también date cuenta de que el propósito de tu matrimonio es que te provea todo que necesitas para tener éxito en este proyecto, de extender y edificar el reino de Dios. El efecto que tiene es algo similar a algo de lo que hablaba la mujer India. Te ayuda a tener algo más allá de tus sentimientos para lidiar con los momentos difíciles. ¿Por qué estamos casados? Para edificar el reino de Dios. ¿Por qué tuvimos estos hijos? Para edificar el reino de Dios. ¿Por qué permanecíamos juntos cuando fue difícil? *Para construir el reino de Dios.* Y al final de tus días, si puedes decir estas palabras con respecto a ti mismo, entonces te sentirás feliz de haber vivido. Lo que no quisieras que se escribiera en tu lápida es “No edificué el reino de Dios, porque basé mi vida en lo que sentí en el momento.” No es lo que tú quieres.

Les dije que yo preguntaba “¿Valía la pena? ¿28 años? ¿Y al principio, años difíciles?” Y me dije “Sí” y les voy a decir porque. Porque mi esposa y yo nos miramos el uno al otro y nos decimos, “Nuestras vidas han contribuido en algo. Hemos contribuido con el proyecto, el proyecto de edificar el reino de Dios.” Tenemos una hija que ama a Cristo. Y está casada con un varón que ama a Cristo. Y ahora tenemos una nieta, y muchos más por venir. Y me acuerdo cuando tomé en mis brazos mi nieta para bautizarla. Sus padres estaban allí. Nosotros estábamos allí. Y mis padres estaban allí. Cuatro generaciones juntas de cristianos que habían dado su vida a edificar el reino de Dios. Y alcé a Maggie en esta manera (arriba de mi cabeza), y dije “Hay cuatro generaciones de esta familia aquí, y todos nosotros hemos estado en pacto con Dios, un pacto de edificar Su reino aquí en la tierra. Y ahora yo te bautizo en este pacto para que tú y tus hijos y sus hijos y los hijos de sus hijos edifiquen el reino de Dios. Por supuesto, yo estaba llorando, y todos los demás estaban llorando. Y cuando yo veo a Maggie, yo digo, “Sí, vale la pena,” para la continuación y el progreso del reino de Dios.

Matrimonio ¿De quién es el sueño?

Por Paul David Tripp

Traducido de "Whose Dream? Which Bread? *Journal of Biblical Counseling*, Vol. 15, No. 3, Winter 1997, pp. 47-50.

¿Tienes un sueño para tu matrimonio? Si pusieras en papel tu sueño, ¿comenzarías con "Si sólo . . ." "Si tan sólo tuviera . . ." "Si tan sólo Dios me diera . . ." y terminarías con, "ENTONCES, podría ser feliz"? La mayoría de nosotros estamos bastante seguros de que sabemos qué es lo que necesitamos para ser felices. Sabemos qué es lo que queremos que Dios haga en nuestras vidas, en nuestros matrimonios, en nuestros cónyuges.

Pero algunas veces Jesús nos toma por sorpresa. Él tiene un plan diferente. En Juan 6, por ejemplo, todo un grupo de personas pensaron que sabían qué era lo que necesitaban de Jesús, pero Jesús pensaba diferente. En esta historia conocida, Jesús convierte el almuerzo de un niño en una comida para cinco mil personas y hasta hubo un remanente.

La multitud queda asombrada. ¡Este hombre es formidable! Todos están comentando, diciéndose unos a otros, "¡Este es el Mesías! ¡Ya está aquí! ¡Hagámosle nuestro rey!"

Podría parecer que este es un momento dorado para Jesús. Después de todo, ¿acaso no vino para ser el rey de esta gente? ¿Acaso no es él, el Profeta de profetas?

Sí – pero notemos qué hace Jesús. Él se aleja de allí, e inclusive, desaparece. La multitud lo busca por todas partes, determinada para coronarlo como rey. Pero él no quiere ser parte de sus planes. ¿Por qué no? ¿Acaso no para esto vino a la tierra?

Milagros y Señales

Veamos qué es lo que hace después. Juan 6:25 nos reporta que Jesús ha cruzado a Galilea y la multitud lo encuentra allí:

Y hallándole al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá? Respondió Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre.

Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado. Le dijeron entonces: ¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer.

Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo.

Le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis. (25-36)

Jesús le está diciendo a esta gente, "Ustedes me han visto, pero no han entendido para nada el porqué estoy aquí".

Juan nos ayuda a entender lo que Jesús está diciendo cuando describe los milagros de Jesús como señales. La gente de la que Juan habla en el capítulo 6 ha experimentado el milagro de Jesús y el pan, pero no se han dado cuenta que eso sólo es una señal.

¿Para qué sirve una señal? Apunta hacia algo más, hacia donde realmente quieres ir. Cuando vas de vacaciones no te detienes con tu familia junto a la señal de la carretera y dices, "¡Ya

llegamos! ¡Desempaca, mi amor!” sino sigues avanzando hasta llegar a tu destino final. La señal sólo apunta hacia la dirección correcta, hacia la cosa verdadera.

Y así, en la historia de Juan, la bendición física del pan – el milagro – tenía el propósito de señalar hacia una realidad espiritual mucho más profunda: Jesús mismo.

Cristo estaba diciendo, de hecho, “No lo están entendiendo. Están concentrados en el milagro del pan, como si el pan, y no yo mismo, fuera la necesidad suprema de sus vidas.” Sus estómagos se habían llenado, pero todavía no habían sido alimentados verdaderamente.

¿Qué es lo que estaba detrás del interés en Jesús que tenía la multitud? ¿Qué quería realmente la gente? En otras palabras, ¿qué tipo de Mesías esperaban que él fuera?

Tal parece que esta gente no buscaba a Cristo a causa de una sumisión humilde y una disposición a seguirle a dondequiera que él fuera. En vez de eso, tenían la esperanza de que Cristo les diera lo que *ellos* sentían que necesitaban para la vida. De esta manera, su búsqueda de Cristo no provenía de un amor por él sino por un amor a ellos mismos.

¿Cuál es tu Sueño?

Ahora considera tu propia vida y tus propias esperanzas para tu matrimonio. ¿Qué sueño estás trayendo delante de Jesús? ¿El tuyo o el de Él? ¿Deseas lo que él desea para ti en tu matrimonio? ¿O tu sueño está forjado por tu propia definición de lo que es un matrimonio de ensueño, tu propia definición del esposo o la esposa ideal?

¿Cuál es el nivel más profundo de tu hambre hoy? ¿Es por tu propio sueño o por Jesús mismo – Su gozo, amor y señorío perfecto sobre tu vida?

Algunas veces necesitamos recordar lo que Jesús nos dio cuando se ofreció a sí mismo como nuestro Salvador. Considera el mensaje de 1 Pedro 1:3-5:

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.

Pedro está diciendo, “¿Entienden lo que tienen? Han sido escogidos para ser salvos por la misericordia de Dios. Sus pecados han sido perdonados. Son parte de la familia de Dios. Y no sólo eso, ¡hay una herencia aguardándoles que nunca se corrompe, perece o desvanece!”

Pedro nos ha recordado el pasado: hemos sido perdonados por la misericordia de Dios. Y tenemos esta herencia que vendrá – este es el futuro. La mayoría de nosotros estará de acuerdo al decir que esto es bastante maravilloso. Pero ¿Qué pasa en tanto esto llega? ¿Qué pasa en el aquí y ahora?

La respuesta de Pedro comienza en el versículo 5:

Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas. (5-9)

¿Qué está diciendo Pedro acerca del “ahora”, y qué significa esto para nuestro matrimonio?

Nos dice que el “ahora” se trata de algo mucho más profundo que despertar en la mañana con una sonrisa, o un fin de semana romántico, o intimidad satisfactoria.

Pedro nos está enseñando que Dios está dispuesto a sacrificar estos aspectos aparentemente esenciales del matrimonio con tal de producir algo mucho más grande, pleno y profundo en nuestras vidas: una fe genuina.

Esto es lo que Dios busca en medio de esas experiencias dolorosas que causan que nos preguntemos si en verdad nos ama y escucha nuestras oraciones; esos momentos en los que envidiamos a otros creyentes e inclusive a aquellos que aun no conocen al Señor.

Esas experiencias difíciles llegan a nuestra vida porque Dios aún no concluye su obra en nosotros.

En medio de la prueba, él nos está dando la meta de nuestra fe: la salvación de nuestras almas. Y lo que necesitamos aprender a decir en respuesta no es “Dios, ¿Por qué a mí?” sino “Dios, muchas gracias. Dame más. Deseo todo lo que Tú sabes que necesito. Me doy cuenta que, después de todo, la lucha de este momento no es un error. Es un acto de tu amor perfecto y redentor”.

El concepto mercantil más grande en la cultura occidental hoy en día es el centro vacacional *all inclusive*. Pagas y obtienes lo que quieras a la hora que quieras. Alguien me explicó una de estas ofertas diciéndome que incluía “doce comidas al día”. Dijo, “La última comida es a la media noche, pero a las 2:00 AM puedes ordenar pizza en tu cuarto si lo deseas”. Suena divertido para mí. Nadie te puede decir que no. En cualquier momento puedes decidir hacer lo que quieras.

Si Dios quisiera que la vida sea un centro vacacional, sería más o menos así. Pero necesitamos ver nuestras vidas en el aquí y ahora con ojos diferentes, y ver que Dios ha colocado a cada quien en el centro vacacional que Él escogió.

La bendición que Dios te da en tu familia, en la relación esposo – esposa, en tu vida física, tiene el propósito de señalar hacia una bendición más profunda y plena: la presencia verdadera del Señor Jesucristo en tu vida. *Él* es la vida abundante – no tu esposo o esposa, tu casa o tus hijos. Jesucristo es nuestro y nosotros suyos.

Nuestra hambre más profunda

En Juan 6, Jesús dice, “Yo soy el pan de vida”. Necesitamos preguntarnos, “¿Por cuál tipo de pan realmente tengo hambre? ¿De qué tipo de pan realmente me quiero alimentar?”

Ahora bien, no estoy diciendo que no debemos buscar la mejoría de nuestros matrimonios y familias. Pero pienso que podemos confundirnos. Podemos ser como la gente que buscaba a Jesús, deseando estar con él siempre y cuando fuera capaz de mantener llenos sus estómagos.

¿Estás con Jesús porque tienes un sueño y esperas que de alguna manera, de algún modo, Jesús te ayudará a conseguirlo? Si eso es todo lo que deseas de él, entonces te vas a sentir miserablemente decepcionado cuando tu sueño no se haga realidad. Si estás viviendo por el pan terrenal, y esa es tu fuente de vida, te encontrarás en grandes problemas cuando no lo recibas.

Pero si estas viviendo por el pan espiritual, por una comunión más profunda con el Señor Jesucristo, entonces tu relación matrimonial se convierte en un lugar maravilloso para llevarla a la práctica.

Cuando dos personas están comprometidas con Cristo y anhelan conocerle mejor, de una manera más profunda y plena, experimentarán una unidad e intimidad que los incrédulos no pueden conocer. Sus vidas serán transformadas en expresiones de alabanza, adoración y gloria para Él.

Sólo al apartar del camino sus propios egos, podrán conocer la unidad en el Espíritu como hijos del Señor Jesucristo. Y así, vendrá una unidad más satisfactoria como esposo y esposa.

La gente cuyos ojos están sólo en el pan físico terminará devorándose unos a otros porque el pan físico por sí mismo nunca puede satisfacer. Serás un parásito de tu cónyuge, succionando su sangre: pero él o ella nunca podrán darte suficiente.

Sólo hay un Pan – este es Jesucristo. Y la vida radica en alimentarse de él por medio de la fe.

¿Sabes que ocurrió cuando Jesús proclamó ese mensaje – cuando dijo que a menos que comas su cuerpo y bebas su sangre, no entrarás en el reino de los cielos (Juan 6:53-59)? No sólo la

multitud le abandonó, sino la Escritura dice que muchos de sus discípulos le dejaron (v. 66). Básicamente dijeron: “Señor esta es una enseñanza dura”. ¡Y así es! ¿No es cierto?

Cuando los sueños se derrumban

En una ocasión hablaba con una dama que había estado casada por muchos años. Estaba casada con una persona de quien, con toda honestidad, tengo que decir que era un hombre malo. Él era iracundo, controlador y manipulador. Decía y hacía cosas hirientes. Ella había soñado con el esposo ideal, pero ciertamente no lo había conseguido. Ahora estaba tan amargada por las bendiciones de otras mujeres de la iglesia que decía que no podía regresar a los cultos de adoración. Sentía como que Dios la había abandonado, a tal grado que no podía leer su Biblia u orar.

Al estarla escuchando, deseaba que ella entendiera su identidad en Cristo. Quería que ella conociera el amor del Señor; que Dios es un refugio y fortaleza, un pronto auxilio en las tribulaciones. Así que comencé a leerle pasajes que hablaban del amor abundante y asombroso de Dios, y a la mitad de un versículo ella dijo, “¡Deténgase! No me vuelva a decir que Dios me ama. Yo quiero un *esposo* que me ame!” Y golpeó su puño en la silla al decirlo.

Su sueño definitivamente se había derrumbado. ¿Cuáles eran sus opciones? ¿Cómo quería Jesús que ella reaccionara en su situación?

Respondamos la pregunta considerándonos a nosotros mismos. Si tu sueño se desmoronara ante tus ojos, ¿cómo podrías reaccionar? ¡Seamos honestos!

- ¿Te compadecerías de ti mismo?
- ¿Buscarías a quien echarle la culpa?
- ¿Te consumirías por la envidia y la codicia?
- ¿Dudarías de la bondad de Dios?
- ¿Encontrarías difícil leer la Biblia, orar, compartir y adorar?

Este tipo de reacciones revelan que estás viviendo por el pan terrenal.

¿Cómo podemos ser diferentes? La Escritura nos da un ejemplo rico en el libro de Habacuc, un profeta del Antiguo Testamento. Habacuc vio al pueblo de Dios y dijo, “Dios, no entiendo lo que está pasando aquí. Has permitido que tu pueblo sea malvado. Tú eres Santo. ¿No entiendo que estás haciendo? ¿Por qué no haces algo al respecto?” Y Dios dijo, “Muy bien, haré algo. Enviaré a una nación malvada y violenta proveniente del norte para que los aniquile”.

Y el profeta dijo: “¿Qué?” Él había pensado que Dios enviaría un avivamiento. El juicio no estaba en su catálogo de opciones. Él dijo: “Dios, ¿Cómo puedes hacer esto? ¿Cómo puedes usar a una nación que es más malvada que nosotros para juzgarnos? ¡No tiene sentido para mí!”

Pero después de que Habacuc tuvo esta batalla con Dios, Dios le comenzó a revelar su poder y su gloria. De hecho, el amor y cuidado de Dios fueron tan reales para Habacuc que terminó su libro con estas palabras poderosas:

Aunque la higuera no florezca, Ni en las vides haya frutos, Aunque falte el producto del olivo, Y los labrados no den mantenimiento, Y las ovejas sean quitadas de la majada, Y no haya vacas en los corrales; Con todo, yo me alegraré en Jehová, Y me gozaré en el Dios de mi salvación. Jehová el Señor es mi fortaleza, El cual hace mis pies como de ciervas, Y en mis alturas me hace andar. (3:17-19)

¿Qué es lo que describe acerca de una cultura rural? Ya no queda nada: no hay plantas, no hay árboles, no hay animales. Habacuc mira toda la devastación, no obstante responde con gozo.

Si tu sueño para tu matrimonio se derrumbara, si tu matrimonio pareciera seco y estéril, ¿podrías todavía levantarte y decir, “Estoy lleno de gozo porque el Señor es Señor de mi vida, y en medio de toda lucha, le tengo a Él gloriosamente”?

Verdaderamente es posible conocer a Jesús de esta manera, pero requiere una decisión: ¿Perseguirás tu sueño o el sueño del Señor para ti?

Aquí está la realidad: La bondad, amor, poder y gloria de Dios – y su llamado para ti – no cambian cuando la situación parece ser triste y vacía. Todavía Él está allí y todavía satisface.

¿Cuál es el hambre más profunda de tu corazón hoy? ¡Ojalá fuera por Cristo! Si tu hambre es por él, tu matrimonio te presentará oportunidades maravillosas de crecimiento mutuo y satisfacción. Esto puede venir en medio de pruebas. La vida puede no ser un centro vacacional. Pero al final, tú y tu cónyuge serán más semejantes a Cristo y estarán mucho más cerca de Él.

¿De quién es el sueño que persigues? Que Dios nos ayude a ser personas que vean la señal detrás del milagro, que puedan ver las bendiciones terrenales y decir, “Estas bendiciones señalan hacia la realidad más profunda y plena de Cristo en mi vida. Deseo que mi vida sea una vida de comunión, compañerismo, sumisión, amor y obediencia al precioso Señor Jesucristo”.

¡El Mesías ha venido! Sigámosle por fe. Levantémonos en la mañana – sin importar lo que esté ocurriendo en nuestro matrimonio – y digamos, “Estoy tan lleno de gozo. Soy un hijo del Rey de reyes y Señor de señores. Él es mi vida. Le seguiré por fe”.

Señor, es tan fácil quedar atrapados en nuestros propios deseos y sueños. Es tan fácil pensar de Ti como el realizador de sueños, es tan fácil emocionarse como la multitud y perder de vista la realidad espiritual detrás del milagro. Señor, te pido que no persigamos nuestras propias esperanzas y sueños, sino que expresemos un hambre y sed por Jesucristo, y un deseo de conocerle en cada área de nuestras vidas. Deseamos que Cristo rija en cada habitación de nuestro hogar. Deseamos que Cristo rija en los nichos más oscuros de nuestros corazones. Deseamos vivir en una sumisión gozosa y alimentarnos de ti por fe. Que tengamos gozo, fe y valor aun cuando no estemos experimentando el pan físico. Que en esas experiencias de prueba podamos decir: “Gracias Señor por tu amor – Estás completando tu obra redentora”. Dios ayúdanos. En el nombre de Jesús, Amén.

El Temor de Cristo es el Principio de la Sabiduría Efesios 5:21-6:9

por David Powlison

Traducido del *Journal of Biblical Counseling*, Vol. 17, No. 2, Winter 1999

¿Cómo debemos entender, definir y estructurar las relaciones humanas primarias? El matrimonio, la familia y el centro laboral – los asuntos “domésticos” que trata Efesios 5:21-6:9 – son tópicos candentes. ¿Debe someterse una esposa a su marido, o esa es una noción retrógrada del patriarcado primitivo? ¿Es el esposo “el jefe” cuyo hogar es su castillo dónde él “tiene los pantalones”? ¿Debe una adolescente pedir permiso a sus padres para emplear métodos contraceptivos o para practicarse un aborto? ¿Qué significa el concepto “familia” en una sociedad de divorcio, nuevas nupcias, cohabitación, homosexualidad, soltería prolongada, e hijos nacidos fuera de matrimonio, en la que la “familia nuclear” ya no es la típica? ¿Puede una madre corregir físicamente a su hijo en el supermercado por hacer un berrinche? ¿Es el propósito principal de la escuela disciplinar e instruir a los niños en nombre de los padres o es su objetivo medular fomentar la expresión personal, al mismo tiempo que pone bajo medicación a los que se salen del límite? ¿Pueden los hijos y los padres “divorciarse” los unos de los otros? ¿Puede un patrón despedir a un empleado por fraude? ¿Puede un empleado demandar que el patrón ofrezca beneficios laborales para su compañero homosexual? Tanto el sistema legal como la opinión pública están embargados de perplejidad por tales asuntos. Los derechos, la responsabilidad y la autoridad son motivo de discordia. Aunque la Iglesia creyente no está caminando en la cuerda floja en tales asuntos, de todas maneras, el pueblo cristiano se ve profundamente afectado por el clima de incertidumbre. A menudo estamos confundidos y con demasiada frecuencia, estamos divididos.

La epístola a los Efesios ofrece claves para obtener la sensatez y la sabiduría que permitirá crecer en unidad y madurez al pueblo de Dios. Pero puede ser que te sorprendan sus respuestas, ya sea que tiendas a ser “tradicionalista” o “liberal” en cuanto al papel de las relaciones. La mayoría de los que aseguran que la gracia de Cristo *establece* la autoridad, jerarquía y distinción de papeles apropiadas citan Efesios 5:21-6:9, y allí se termina la discusión. Los mandamientos son claros y claramente consistentes con el resto de la Escritura. Sólo la perversidad voluntariosa puede torcerlos para que digan otra cosa distinta a la que dicen. Pero una mirada más cercana a este pasaje particular y una mirada más amplia al contexto, pone un giro radical en cuanto a la sumisión y la autoridad, mostrándonos verdades que pasan inadvertidas a menudo. Todos aquellos que aseguran que la gracia de Cristo *elimina* la autoridad, la jerarquía y la distinción de papeles usan otras partes de la Biblia para triunfar sobre Efesios 5:21-6:9. Por ejemplo, tanto Gálatas 3:28 (*Ya* no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús), como la prominencia de los mandamientos que hablan de los “unos a otros” (en Efesios y en otras partes de la Escritura) hacen a un lado el lenguaje jerárquico de Efesios 5-6 que tales personas consideran algo vergonzoso. Pero una mirada honesta a este pasaje muestra cómo el mensaje de la diferencia de papeles – y Pablo sólo es un portavoz del mismo Jesucristo – está enmarañado en el mensaje de la mutualidad.

Este artículo considerará tres verdades entrelazadas que nos hacen sabios. Primero, tenemos un llamamiento en común por parte de Dios, el cual nos identifica como compañeros los unos de los otros. Segundo, cada uno tiene un enfoque particular dentro de nuestras relaciones primarias, definiéndose así lo que es el servicio, el liderazgo y la sumisión. Tercero, la mayoría de nosotros usa diversos sombreros, algunas veces somos llamados a ser líderes y otras, a someternos. Si mantenemos juntas estas tres cosas – las personalizamos, enseñamos al cuerpo de Cristo a vivirlas – entonces viviremos nuestras vidas juntas con claridad, gracia y confianza, para la gloria de Dios.

A. Tienen el llamado en común en todas las relaciones a caminar de acuerdo con la dignidad de su identidad como la esposa, el hijo y el esclavo del Señor.

El Señor les llama a agradecerle por medio de tener humildad, paciencia, candor, generosidad, y ternura hacia los demás. Este *llamado en común* se aplica sin importar el papel social que se esté desempeñando. Establece una actitud medular de mutualidad que afecta cada relación. Somos uno con los demás y somos iguales delante de Dios, ya sea que seamos apóstoles o un nuevo creyente, un magnate o recibamos apoyo gubernamental, un alto ejecutivo o un portero, un adulto competente o un infante desamparado. Vivimos como iguales delante de Aquel que no hace acepción de personas. Se desvanecen las diferencias de aptitud, poder, riqueza, inteligencia, éxito, oportunidad, sexo, edad y trasfondo étnico. Todos tienen el mismo “derecho al voto” que los demás.

Todo lo que dice Efesios 1:1-5:20 y 6:10-24 se aplica siempre a todo cristiano en toda relación. Se les ha dado la gracia de Dios y se les ordena por el Señor Jesús a dar gracia el uno al otro. Ya sea que seas casado o soltero, varón o mujer, hijo o padre, empleado o patrón, tú vives, te mueves y tienes tu ser dentro de una mutualidad: una iglesia, santos juntos, miembros de un cuerpo, conciudadanos, prójimos, casa de Dios, hermanos y hermanas los unos de los otros. El “ustedes” es un “nosotros”. Por lo tanto, somos llamados a ser pacientes y constructivos en cada relación y cada interacción. El esposo y la esposa, el padre y el hijo, deben comunicarse abiertamente, acercándose el uno al otro para encontrar ayuda y perspectiva, buscando entenderse y animarse los unos a los otros, arrepintiéndose de los pecados que interfieran. No te atrevas a hacerlo de otra manera. No debe haber superioridad, doble estándar ni favoritismos. Si los niños no deben hablar mal contestar a los padres, tampoco los padres deben gritarles a los niños. Si las esposas no deben ser regañonas y mandonas, tampoco los esposos deben ser cobardes o mandones. En el llamado que tenemos en común con los demás, lo que le toca al uno le toca al otro.

Dicho con mayor precisión, cuando piensas acerca del meollo de tu identidad, eres, primero que nada, la *esposa*. Eres parte del cuerpo de Cristo en unión con su único Esposo (5:25-32). Ya sea que seas varón o mujer, casado o soltero, eres la Esposa de Jesucristo, llamado a temer a Cristo y a vivir en sujeción a Él. Similarmente, en el meollo de lo que eres, está que eres esencialmente *hijo*, amado por el único Padre (1:2; 1:5; 5:1). Ya sea que seas padre o hijo, eres Hijo de Dios, llamado a obedecerle y a honrarle. Además, eres esencialmente *esclavo* del Señor (5:8-10; 6:5-9). Ya sea que estés en autoridad o bajo autoridad en el centro laboral, eres Esclavo de Cristo, llamado a obedecerle y a temerle. Puede ser que seas un varón, pero *eres* esposa. Puedes ya tener niños, pero *eres* un hijo. Puedes tener gente bajo tu autoridad, pero *eres* esclavo. Cada uno de nosotros en el meollo de su identidad fue diseñado para vivir como subordinado.

Todos recibimos el amor, la provisión, la atención, la misericordia, la protección, la voluntad y la gracia edificante de nuestro Esposo, Padre y Señor. Cristo es cabeza, líder, amo, el consorte con la autoridad. Él es nuestro “superior” y nosotros somos Sus “subordinados”, en el buen sentido de las palabras. Somos súbditos, seguidores y dependientes. Estamos bajo Él. Esta relación de subordinación con el Dios que nos rige y que cuida de nosotros, debe colorear y dominar cada aspecto de la vida.

Entonces, el crecimiento en Cristo tiene una doble estocada. Primero, la madurez hace más profunda la sumisión. Aprendes más y más a servir a Cristo, a agradecerle (5:8-10). Pero, segundo, por este mismo acto, la madurez intensifica tu parecido a Él (4:32-5:2). Llegas a ser más imperioso siguiendo la imagen de Aquel a quien sirves. Más y más reflejas la esencia del liderazgo. Le dices no a tu propia voluntad y a la atención a ti mismo. Le dices no al mundo y al diablo. Le dices sí a una vida con propósito para Dios que incorpora la claridad, convicción, integridad, consejo sabio, perdón, generosidad, paciencia y amor desinteresado. De esta manera, a medida que el cristiano se somete al liderazgo de Cristo, él o ella se convierte más y más en un líder en el mejor sentido de la palabra. Los subordinados buenos crecen excelentemente. Los rasgos particulares de tu llamado como esposo-esposa, padre-hijo, o patrón-empleado, nunca eliminan tu identidad medular y tu

llamado en común como Esposa, Hijo, y Esclavo. El llamado que tenemos en común con los demás condiciona cada detalle.

B. Tu llamado a “andar dignamente” tiene un *enfoque particular* dentro de cada relación primaria en el matrimonio, la familia y el centro laboral.

El Señor te llama a agradecerle enfatizando ya sea la sumisión o el amor dentro de las esferas de tu relación doméstica en particular. El *enfoque particular* funciona dentro de tus “propios” círculos domésticos: con tu propio esposo o esposa, con tus propios hijos o padres, y con tus propios jefes o trabajadores. Dentro de los varios papeles que desempeñas, Cristo dice, “Pon atención especial a *esto*” Tu enfoque particular no elimina o cancela el llamado en común que tenemos con los demás que hace que tu vida irradie para el Señor. El llamado en común no enmudece ni cancela el enfoque particular que hace que brilles con tu belleza característica. Podríamos comparar esto a una orquesta y un coro numeroso que se unen para ejecutar una sinfonía en alabanza de la gloria de la gracia de Dios. El llamado en común que tenemos con los demás define el tono, el ritmo, los temas melódicos y las letras que todos los cantantes e instrumentistas respetan en común al someterse al director. El enfoque particular define las partes distintivas que ejecutan cada instrumento y cada voz, el timbre y la armonía del fagot y el violín, de la soprano y del barítono.

¿Eres una Esposa, un Hijo y un Siervo de Cristo que también es *esposa, hijo o siervo* de otros seres humanos? Debes tener el propósito particular de someterte, respetar, obedecer, honrar y servir. Por lo tanto, harás el bien a tu propio esposo, tus padres y a las personas sobre ti en el centro laboral. Sirves en particular a Cristo cuando te sujetas a los que Dios ha puesto sobre ti. Tus interacciones con dichas personas deben estar continuamente forjadas e informadas por una serie de preguntas:

“¿Cómo puedo visible y consistentemente demostrar respeto, honor y sumisión a la persona que Dios ha puesto sobre mí?”

¿Cómo puedo comunicarle por medio de palabras, acciones y actitudes que estoy bajo él o ella?

¿De qué manera he sido irrespetuoso, difícil, terco, flojo o manipulador?”

Efesios te conduce: si temes a Cristo, respeta a tu marido; si obedeces al Señor, obedece a tus padres, si sirves a Cristo, sirve a tu jefe.

El punto de vista anarquista y liberacionista contradice lo que el Señor soberano dice acerca de estas cosas. Lo que hace es ignorar, rechazar o torcer las palabras que Jesús ha dicho a través de Su mensajero. El grano de verdad – nuestra humanidad universal – se torna perversa cuando uno pone su voluntad en contra de la voluntad de Dios con respecto al sometimiento. Pero muchos que defienden las palabras claras del Señor, también reducen su fuerza. Algunos, en efecto, sólo sirven de labios a la voluntad de Dios. Le dan tanta atención a las *excepciones* a la regla que no establecen la relevancia, belleza y autoridad de la regla. “Sí, Dios llama a las esposas a someterse, pero, por supuesto, si el marido es áspero y negligente, o le pide que haga algo pecaminoso, o no considera su punto de vista, o no es el líder espiritual, o si es irresponsable en lo financiero, . . .” Pero en Efesios no se nos da una lista de excepciones a la regla. Pablo sólo se queda con la regla, porque la regla del sometimiento desafía tan directamente nuestro deseo instintivo, fuerte y habitual de querer salirnos con la nuestra.

Otros debilitan la fuerza de las palabras del Señor al hacer sonar a la Biblia como si degradara y aplastara nuestra humanidad. Describen o viven la sumisión y la obediencia como si fuera servilismo al dominio de otros. Se olvidan del llamado que tenemos en común con los demás, y mal entienden el enfoque particular. Hacen que la sumisión suene o luzca como “resígnate y cállate”. No le dan a la obediencia el sentido de estar libres del pecado y ser libres para amar, tener valor y una vida con propósito. Es decir, estar bajo aquellos a quienes Dios ha puesto sobre ti. La regla de la sumisión, cuando se entiende y se vive correctamente, hace que brillen la belleza, la libertad, el gozo y la gloria de Dios.

Por supuesto, hay excepciones. En cada situación en la que eres llamado a estar bajo otra persona, debes siempre “obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29). Debido a este llamamiento global, una esposa puede tener que amonestar a su esposo por su actitud, una hija puede llamar la atención a su madre por su tono de voz, un empleado puede disputar por la injusticia de su patrón. En cada caso, la actitud de sumisión tanto a Dios como a la persona se hace persuasiva al endulzar la confrontación. Puede darse el caso de que sea necesario llamar a los ancianos de la Iglesia o inclusive a la policía. Puede darse el caso en que la esposa, el hijo o el empleado deban decir, “Deseo honrarte, pero en mi conciencia no puede participar en esto porque no está bien”. Puede darse el caso que se tenga que huir por motivos de seguridad. El enfoque particular nunca te llama a pecar en violación del llamado en común de servir a Cristo. Pero consideremos la inmensa cantidad de chismes, contenciones, traiciones, tijeretadas, rebelión velada o abierta, mal genio, terquedad, falta de respeto, críticas, flojera, muecas, manipulaciones, murmuraciones y dominaciones que son hechas por las esposas, los hijos y los empleados. Estas cosas *nunca* son correctas. Nunca. Tal lista larga y fea de testarudeces no necesita ni la ocasión ni la excusa de las malas acciones de otra persona. Tales cosas ocurren de todas maneras. Pero aun cuando un esposo, padre o jefe está haciendo algo terriblemente malo, *nunca* pagues mal por mal a *nadie* (Rom. 12:17). Aun cuando una persona que debe velar por tu bienestar está velando sólo por sus propios intereses, no deben salir de tu boca palabras corrompidas, sino sólo las que sean para la buena edificación de acuerdo con la necesidad del momento (4:29). El pecado de otro nunca cancela el llamado general o el enfoque particular. Cuando la piedad debe desafiar o resistir a la autoridad humana, lo hace de una manera piadosa, respetando tanto al ser humano como a su posición, inclusive mientras uno se opone al pecado del ser humano que tiene la posición.

¿Es difícil la voluntad de Cristo? Sí. ¿Es contraria a la manera en la que el mundo entero actúa y reacciona por naturaleza y por hábito? Sí. ¿Es contraria a la manera en la que actúas y reaccionas por naturaleza y por hábito? Sí. ¿Es contraria a lo que con mayor frecuencia escuchamos a nuestro alrededor? Sí. ¿Pero es correcta? Sí. ¿Y te ayudará a realizarla Jesucristo mismo? Sí y amén. Si tu propósito es la sumisión cuando Cristo te llama a la sumisión, entonces tu vida va a florecer.

Cristo llama a otros a desarrollar particularmente intenciones y acciones de cuidado y atención. Una Esposa, Hijo y Siervo que también es un *esposo, padre, o patrón* tiene el propósito particular de amar, proveer, cuidar, sustentar, abrigar, valorar, bendecir, tener misericordia, dar gracia, purificar, edificar, enseñar y tratar justamente. Por lo mismo haces el bien a tu propia esposa, tus hijos y tus subordinados en el centro laboral. De manera particular debes reflejar a Cristo al velar por el bienestar de aquellos que Dios ha puesto bajo tu cuidado. Los líderes deben tomar a Cristo como modelo de liderazgo: Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros (5:2 y 5:25). Es sorprendente que el llamado que tenemos en común nos dice a cada uno de nosotros que sigamos Su ejemplo (5:2), siguiendo un plan misericordioso y redentor hacia los demás. Su mismo ejemplo de darse a sí mismo luego es establecido para los esposos (5:25). Siguiendo la implicación de esto, tal interés en aquellos que están bajo el cuidado de uno también es establecido para los padres y los gerentes – supervisores. Tus interacciones con tu esposa, hijos y empleados deben estar continuamente forjadas por preguntas cruciales:

¿Cómo puedo sustentar, proteger, cuidar y tratar justamente a la persona que Dios ha puesto bajo mi cuidado?

¿Cómo le comunicaré por medio de palabras, acciones y actitudes que estoy velando por su bienestar?

¿De qué maneras estoy siendo injusto, egoísta, áspero, negligente, irritante, desalentador o dominante?”

La epístola a los Efesios te “atrapa”: Si Cristo te ama, entonces ama a tu esposa; si tu Padre Celestial te sustenta, sustenta a tus hijos, si tu Amo es bueno contigo, sé bueno con aquellos que te sirven.

La perspectiva machista y autoritaria contradice lo que dice Aquel que se da a sí mismo. El grano de verdad – la necesidad y lo correcto en las relaciones de autoridad – se torna perversa cuando pone su propia voluntad en contra de la voluntad de Dios con respecto al amor. Es decir, que nuestra meta llega a ser la sumisión de los demás a nuestra voluntad demandante e imperial. Esta tendencia, ya sea que sea defendida como un punto de vista o practicada en la vida, debilita las palabras de Cristo al enfatizar los *derechos* de una autoridad y las *responsabilidades* de los subordinados, en vez de enfatizar las responsabilidades de aquellos que están en autoridad. “Soy el director de esta escuela, y he aprendido a ganar por medio de la intimidación en mi trato con los estudiantes, padres, maestros y personal”. “Soy el papá y lo que yo digo eso se hace. Inténtalo y te arrepentirás” “He tenido un día duro en el trabajo y cuando llegue a casa sólo quiero recostarme con el control remoto de la TV en una mano y una cerveza en la otra”. Pero la epístola a los Efesios no nos provee de una lista de derechos. Pablo permanece sólo en la regla porque la regla del amor desafía tan directamente los deseos instintivos, reforzados y habituales de salirnos con la nuestra.

Cristo hace una acusación devastadora de los hábitos normales de los líderes, y con su vida muestra una alternativa dramática. Sí, “El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45). El realizó el servicio a nuestro favor, pero no sirvió nuestros deseos, como tampoco vino a complacerse a sí mismo. Nosotros que fuimos tan servidos aprendemos a servir Su voluntad. Cuando somos llamados a dirigir a otros, aprendemos a realizar dicha tarea siguiendo Sus pisadas. Los Esposos, padres, gerentes, deben arrepentirse tanto si están sirviéndose a sí mismos como si están sirviendo la voluntad de otros, para que puedan servir a los demás delante de Dios. Pablo sólo está reiterando la enseñanza de Jesús: “Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos” (Marcos 10:42-44). Debes velar por los que Dios ha puesto bajo tu cuidado. La regla del amor, cuando se entiende y vive correctamente, hace brillar la belleza, la libertad, el gozo y la gloria de Dios. Esposos, busquen el bienestar de sus esposas. Padres, entréguese a sí mismos a fomentar el desarrollo de sus hijos. Patrones, pongan energía en ser justos y hacer el bien hacia aquellos que trabajan para ustedes.

Por supuesto que existen derechos. En cada situación en la que somos llamados a velar por el bienestar de otro, debemos ser los que dirijan. No puedes permitir que gobiernen tus propios deseos. Pero tampoco puedes revertir los papeles, de tal manera que rijan los deseos de la esposa, el hijo o el empleado. Habrá algún momento en el que se tenga que tomar una decisión que no sea muy popular y se tenga que insistir en su obligatoriedad. Habrá algún momento en el que se tenga que llamar la atención a alguien, poner a un empleado a prueba, o disciplinar a un hijo. Habrá algún momento en el que un esposo, padre o jefe tendrá que decir, “Te amo y quiero lo mejor para ti, pero esto es lo que vamos a hacer a pesar de que no te guste”. Habrá un tiempo en el que se tenga que asumir el control de la situación y establecer la autoridad directamente. El enfoque particular del mostrar consideración tierna no te permite que peques al desatender las responsabilidades del liderazgo. Los pecados de los demás nunca son una justificación para dejar el enfoque particular de buscar el bienestar de los demás ni para olvidarse del llamado que tenemos en común. Consideremos la gran cantidad de hostilidad, inconsideración, flojera, violencia, egoísmo, ingratitud, negligencia, favoritismo, caprichos, y abuso de autoridad que realizan los esposos, los padres y los jefes. Estas cosas *nunca* son correctas. Nunca. Esa lista larga y fea de tiranía egocéntrica no necesita ni la ocasión o la excusa de las acciones malas de los demás. Tales cosas pasan de todas maneras. Pero aun cuando una esposa, hijo, o empleado está haciendo algo terriblemente malo, *nunca* debemos pagar mal por mal a *nadie* (Romanos 12:17). Aun cuando una persona que debe estar sometida a ti actúa en una franca rebeldía, no permitas que alguna palabra corrompida salga de tu boca, sino sólo aquellas palabras que sean para la buena edificación de acuerdo con la necesidad del momento (4:29). El pecado de los demás nunca cancela ni el llamado general ni el enfoque particular. Cuando

la piedad debe exhortar el mal de otra persona, lo hace de una manera piadosa, comunicando la gracia de Dios en palabra, acción y actitud. Muestra respeto tanto por el ser humano como por las obligaciones de la autoridad paciente y redentora, aun mientras te opones al pecado del ser humano que se opone a la autoridad.

¿Es difícil la voluntad de Cristo? ¿Es totalmente contraria a la manera en la que todo el mundo actúa y reacciona? ¿Es contraria a la manera en la que actuamos y reaccionamos? Sí. ¿Pero es correcta? Sí. ¿Y nos ayudará Cristo mismo para cumplirla? Sí y Amén. Si tu propósito es mostrar amor edificante cuando el llamamiento de Cristo es hacia el amor edificante, entonces tu vida florecerá.

Notemos que en cada caso, la palabra clave es “su propio”, ya sea que debemos someternos o debemos cuidar de alguien. Esto es muy importante entenderlo. Si eres una esposa, tienes la responsabilidad de someterte a “tu propio” marido (5:22, Tito 3:5; 1 Ped. 3:1), no a todos los esposos, o a los varones en particular. Si eres un esposo, eres responsable de buscar el bienestar particular de “tu propia” esposa (5:28), no el de todas las esposas o el de las mujeres en general. Como empleado, le debes obediencia y servicio a “tu propio” patrón (Tito 3:9), no a todos los patrones. La misma pauta se aplica entre los padres y los hijos, y los jefes con sus empleados.

Ni el llamado que tenemos en común, ni el enfoque particular cancela al otro o excluye al otro. Sino funcionan en una sinfonía. Esto es crucial para conducir un ministerio de consejería oportuno y apropiado. Por ejemplo, la mutualidad entre los hijos amados ordenada en Efesios 4:1-16 y 4:25-5:2 *siempre* se aplica entre el esposo y la esposa, el padre y el hijo, y el amo y el esclavo. Muchos problemas de consejería se resuelven en la medida en que ambos bandos practican el llamado en común a la misericordia, el perdón, hablar la verdad en amor, y demás acciones semejantes. Generalmente, cuando ambos bandos son atendidos en consejería, estos asuntos se podrán sobre la mesa desde el principio. Cuando una pareja intercambia palabras airadas y destructivas, y cada uno abriga actitudes de amargura, la solución natural comienza con la aplicación del llamado que tienen ambos en común. Los problemas de comunicación y la resolución de conflictos usualmente tienen cierta prioridad temporal y lógica: “¿Cómo se arrepentirán cada uno de ustedes de la amargura y la hostilidad, y de las demandas y expectativas que les mueven? ¿Cómo aprenderán de Jesús para así aprender la misericordia, la humildad y la generosidad? ¿Cómo se pueden comunicar constructivamente?” Similarmente, el conocimiento de Cristo y la fe vital de cada persona (3:14-21), el llamado que tiene cada persona a un estilo de vida caracterizado por el cambio (4:17-24), y el andar de cada persona ya sea en necedad o sabiduría (5:13-20) saldrá a colación al principio y a menudo. Dos santos creciendo para salir de sus pecados pueden aprender a comunicarse con gracia. Muchos problemas de consejería se resuelven a medida de que las dos partes ponen atención al llamado que tienen en común.

El ministerio con naturalidad llega al enfoque particular de cada persona, para encontrar fallas básicas en el desempeño de los papeles que engendran problemas. Como esposo y esposa pecan, y pueden aprender a cuidar del otro o someterse al otro, respectivamente. Muchos problemas de consejería se resuelven cuando las partes se enfocan respectivamente en el requisito de la sumisión y en el requisito del amor. Cuando se aconseja a una esposa, siempre es oportuno explorar “¿Cómo estás siendo respetuosa hacia tu esposo? ¿Cómo estás aprendiendo como esposa a honrar a tu esposo en vez de quejarte, ignorarlo, tener resentimiento hacia él o despreciarlo?” Cuando se aconseja a un esposo siempre es oportuno considerar, “¿Cómo estás siendo autosacrificado, constructivo, iniciador y constante en amor hacia tu esposa? ¿Cómo aprenderás como esposo a buscar activamente el bienestar de tu esposa, en vez de desatenderla, estar preocupado o irritarte con ella?” En los conflictos en la familia y el centro laboral se aplican preguntas análogas a éstas.

Si entiendes el llamado que tenemos en común y el enfoque particular, serás capaz de oponerte a las tendencias liberacionistas y autoritarias en ti mismo y en los demás. Cada una de ellas se centra en una cosa buena, pero pierde de vista otras verdades que dan balance. Los liberacionistas

están alertas en contra de los pecados crueles de la tiranía y el abuso, y de las injusticias del poder. Aspiran a lograr la máxima mutualidad y humildad, y proteger al débil. Pero pierden de vista la importancia que pone nuestro Esposo, Padre y Amo en la sumisión a los esposos, padres y patrones, y en Su reprobación de la insubordinación como un pecado fundamental (2 Ped. 2:10). Los autoritarios están alertas contra los pecados tremendos de la anarquía y la falta de respeto, del individualismo testarudo y del desorden. Aspiran a lograr el respeto debido a las autoridades constituidas, y a proteger el orden dentro del cual florece la vida humana. Pero pierden de vista la importancia que Cristo pone en el amor paciente a las esposas, los hijos y los empleados, y su reprobación del autoritarismo como un pecado fundamental (Marcos 10.42 en adelante). La Biblia lleva al pueblo de Dios a un tercer camino, le alerta de la gama de pecados y les hace aspirar la gama de rectitud.

C. Debido a que desempeñan múltiples papeles, la mayoría de ustedes escucharán que la epístola a los Efesios se dirige muchas veces a ustedes desde diferentes ángulos.

El llamado que tenemos en común se dirige a cada uno de nosotros. Pero cada uno pone la configuración única al enfoque particular. Dios coloca a cada persona en una situación única: “tus propias” relaciones domésticas. Inclusive cinco de los seis énfasis particulares pueden venir con tu nombre escrito. Si tus padres aun viven, y eres casado y tienes hijos, y das cuentas a un supervisor y tienes subordinados en el centro laboral, entonces eres tanto jefe como empleado, tanto padre como hijo, y esposo o esposa. Sólo unas cuantas personas – por ejemplo un hombre soltero, jubilado sin hijos ni padres – aplican sólo el llamado general. Efesios 5:21-6:9 no habla directamente de su situación. Por supuesto, los principios generales que guían el pasaje sí se aplican: somos Esposa, Hijo, y Siervo. Tales personas de todas maneras tienen mucho para estar ocupados, en la medida que el *resto* de Efesios opera en sus corazones y obra en su estilo de vida. Y siempre estarán abarcados en cierto lugar en la Iglesia y el Estado, los dos tipos de relación del tipo “sumisión-amor” que Pablo no trata en la Epístola a los Efesios.

Los adultos solteros algunas veces se preguntan “¿Por qué Pablo no me tomó en cuenta en Efesios? Sólo se enfoca en los casados”. Pero por supuesto la gente soltera no es dejada a un lado por este Pablo, el adulto soltero, que fue enviado a una misión por Jesús, otro adulto soltero. Si eres soltero, Efesios 1:1-5:20 y 6:10-24 se dirigen expresamente a ti: la relación entre Jesús y Su cuerpo. Y mucho de lo que se dice en 5:21-6:9 puede ser aplicado también. Eres Esposa. Aunque no tengas un llamado como esposo o esposa, las verdades del trasfondo y las exhortaciones específicas enriquecerán tu llamado general. Eres hijo. Si tienes padres que aun viven, Efesios 6:1-3 se dirige a ti. Si eres un padre soltero, entonces el verso 6:4 tiene tu nombre grabado en él. Eres Siervo. Si eres empleado, Efesios 6:5-8 se dirige a ti con respecto a tu supervisor; si eres jefe, o tienes otra gerencia o responsabilidad de liderazgo, entonces se aplica el verso 6:9 a tu vida.

El efecto neto es que todos somos llamados a tener una mayor sumisión dentro de ciertas relaciones y un amor mayor dentro de otras relaciones. Imaginemos la siguiente situación. Cinco miembros de tu Iglesia trabajan para una compañía que manufactura equipos electrónicos: un vendedor, una gerente de ventas, una secretaria, el presidente de la compañía y la vigilante. Los cinco son llamados a procurar y a vivir las actitudes y acciones del llamado que tienen en común. Estos saturarán su vida dentro y fuera del trabajo: cómo se tratan los unos a los otros, cómo tratan a los clientes, cómo resuelven conflictos, etc. Pero cada uno también tiene una configuración única de responsabilidades de someterse o de cuidar de otros.

El *vendedor* es un soltero de veintiocho años que vive con sus padres. Sus labores cotidianas lo colocan con clientes en la calle, pero recibe instrucciones y soporte administrativo de la oficina central. Efesios 5:21-6:9 particularmente se dirige a él tres veces. El es un hijo, un empleado y un jefe. Está llamado a [1] honrar a sus padres, [2] respetar y servir a su gerente de ventas, y [3] a mostrar amabilidad y consideración a la secretaria que le sirve. Naturalmente no tiene ninguna

responsabilidad particular hacia una esposa o hijos. Notemos cómo su sumisión a Cristo se canaliza en la sumisión a la autoridad en algunas relaciones y en otras, en el ejercicio de una autoridad amorosa.

La *gerente de ventas* es una mujer casada de cuarenta y ocho años que tiene tres hijos en edad universitaria y una madre anciana. Pablo se dirige a ella no menos de cinco veces, como esposa, hija, madre, empleada y jefa. Está llamada a [1] respetar y someterse a su marido, [2] honrar a su madre, [3] cultivar y dirigir a sus hijos, [4] servir a los gerentes de mayor nivel en la compañía, y [5] tratar al vendedor y a la secretaria con amabilidad y justicia al dirigirlos. En dos lugares se le desafía a aprender cómo dirigir a otros, y en tres lugares a aprender cómo respetar a otros.

La *secretaria* es una mujer de cincuenta y ocho años, soltera sin hijos, cuyos padres ya han fallecido. Es la secretaria del departamento de ventas y supervisa directamente a una archivera y a la vigilante. La epístola de Pablo se dirige a ella en dos puntos, como sierva y como jefa. Ella es llamada a [1] respetar y servir al presidente de la compañía, a la gerente de ventas y al vendedor, y [2] mostrar amabilidad hacia la archivera y la vigilante que están bajo su supervisión. No tiene alguna responsabilidad hacia un esposo, hijos o padres. Pero, como todos nosotros, Dios la ha colocado en una situación en la que debe aprender tanto a estar bajo otros como a cuidar de otros.

El *presidente de la Compañía* es un hombre casado de treinta y cinco años que tiene dos hijos en la primaria. Él heredó la compañía cuando sus padres murieron. El Señor se dirige a él en tres puntos, en cada caso con el llamado a ejercer liderazgo responsable y constructivamente. Como esposo, padre y jefe, él [1] debe amar y proveer para su esposa [2] debe educar a sus hijos y [3] debe tratar a sus empleados de una manera que les haga bien. El aprendizaje de vivir como la Esposa, Hijo y Siervo de Cristo lo coloca enteramente en un papel de liderazgo en sus relaciones domésticas. Aprenderá la sumisión por otra parte – en relación con los ancianos de su Iglesia, y en relación con las autoridades gubernamentales con quienes tiene contacto respecto a medidas de seguridad laboral, impuestos y disputas legales.

Finalmente, la vigilante es una mujer recién casada, sin hijos, de veintidós años, cuyos padres aun viven. La epístola se dirige a ella en tres puntos. Ella derrama su energía en los papeles de esposa, hija y sierva. Ella debe [1] someterse a su esposo, [2] honrar a sus padres, y [3] servir a los demás en su centro laboral. Para ella, la sumisión a Cristo la coloca enteramente en un papel de auxiliar y subordinada en sus relaciones domésticas. Ella aprende a reflejar la autoridad amorosa de Cristo sólo como parte de un llamado general a resistir al mundo, la carne y el diablo, y a edificar a los hermanos y hermanas en Cristo.

Colateralmente, vale la pena notar que los cinco están enraizados en otras dos esferas en donde las relaciones de sumisión y cuidado entran en juego, aun cuando Pablo no las discute aquí en Efesios. Exactamente la misma pauta descrita anteriormente – un llamado que siempre es relevante y un enfoque particular, ambos expresando características de la relación de Cristo con su pueblo – se aplica a las relaciones dentro de la Iglesia y con las autoridades gubernamentales. Primero, en la Iglesia *todos* somos ovejas del Gran Pastor. Aquellas ovejas a quienes también se les ha concedido ser los pastores tienen una responsabilidad particular de reflejar el cuidado pastoral, la responsabilidad y el liderazgo sobre otras ovejas puestas bajo su cuidado. Las ovejas que también son ovejas en una congregación local tienen una responsabilidad particular de servir, honrar, y someterse a sus pastores. En nuestro estudio de caso, las cinco personas son ovejas llamadas a someterse a sus ancianos de la Iglesia.

También *todos* somos súbditos del Gran Rey que rige generosa y misericordiosamente. Aquellos súbditos que también son asignados como *reyes o gobernantes* tienen una responsabilidad particular de reflejar al Rey de reyes en relación con sus súbditos: proveer, proteger y mantener la justicia. Los súbditos de Dios que también son *súbditos* tienen una responsabilidad particular de someterse a aquellos que los gobiernan: pagar impuestos, obedecer leyes, tratar con respeto. En

nuestro estudio de caso, las cinco personas son súbditas, llamados a estar bajo el gobierno local, regional y nacional.

Notemos que el papel de una persona usualmente cambia significativamente con el paso del tiempo. Cuando un hijo deja a sus padres para unirse a su cónyuge cambia la forma en que unos los honra. La muerte de un esposo o un padre cancela la obligación del sometimiento. Cuando una esposa abandona a su esposo o el matrimonio de un hijo cancela o altera grandemente las obligaciones la provisión y dirección amorosa. En nuestro caso de estudio, si la vigilante llegara a ser madre, adquiriría un nuevo papel. Si se involucrara ayudando en el ministerio juvenil de su Iglesia, obtendría dos nuevas obligaciones: amar y dirigir a las adolescentes con las que se reúne, y someterse para aprender del pastor juvenil y del comité que establece las políticas del ministerio juvenil. También las responsabilidades se modulan conforme cambian las circunstancias y pasa el tiempo. La gerente de ventas trata a sus hijos universitarios de manera diferente al trato que el presidente de la compañía da a sus hijos de primaria. Ambos son padres, pero evoluciona el tipo de educación adecuada. Similarmente, el vendedor ahora expresa honor a sus padres con “menos” obediencia que cuando era un niño, y con “más” obediencia que si estuviera casado y se mudara. Sus padres ya no le indican cuando bañarse, pero él vive bajo las reglas de la casa, en vez de establecer sus propias reglas. Algunas veces los papeles no evolucionan: Si uno de los hijos de la gerente tiene discapacidad mental, ella tendrá que ejercer bastante control mientras los dos vivan. Por otra parte, a veces los papeles se invierten casi completamente. Si la madre de la gerente pierde su competencia mental, la hija tendrá que hacerse cargo de sus asuntos, imponiendo decisiones sobre la madre que la creció, dirigiéndola hacia la fe y estableciendo su hora de irse a la cama. Su llamado a honrar a su madre permanecerá hasta la muerte como una actitud central que afecte sus modales y emociones, aunque en muchos de los asuntos de la vida ahora tiene que actuar como una autoridad amorosa.

Finalmente, es importante notar que Dios no “hace acepción de personas” (6:9). Algunas personas tienden a favorecer a los que están en autoridad, y confieren una superioridad sutil o evidente a los esposos, padres, jefes, gobernantes y pastores. Tienden a menospreciar a la gente “pequeña”. Ven con mayor claridad los pecados de rebelión que los pecados de control y dominio. Otras personas tienden a favorecer a los que tradicionalmente están en papeles subordinados, y tienden a despreciar la autoridad de esposos, padres, jefes, gobernantes y pastores de una manera sutil o evidente. Sienten amargura hacia la gente “grande”. Ven con mayor claridad los pecados de dominio que los pecados de rebelión y terquedad. Pero Dios no muestra favoritismo. No empuja la balanza hacia el lado de los “grandes” quienes deben amar bien (por ejemplo la gerente de la compañía) ni hacia los “pequeños” quienes deben servir bien (por ejemplo, la vigilante). Una diferencia entre Efesios 6:9 y Colosenses 3:25 es reveladora. En Efesios, Pablo le dice a los amos, “sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas”. Pero en Colosenses, Pablo les habla a los esclavos, “Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas”. Dios no tiene favoritos. No pienses que puedes alejarte, moverte o escapar de Su voluntad revelada para ti.

Conclusión

Esta corta epístola a los Efesios, y el contexto de la Escritura con el cual está en sintonía, nos dan la sabiduría para encontrar nuestro camino en medio de todas estas variables. Al tratar de aprender lo que es agradable al Señor, aprendemos el fruto de la luz que consiste en toda bondad, justicia y verdad (5:9 en adelante). La pauta de Dios para las relaciones es exquisita y consistente. Aprende y vive estas tres verdades. Primero, todos deben obedecer el llamado general de tratarse unos a otros con amor redentor. Esto satura cada relación en cualquier momento. Trata a todos por igual. Segundo, cada persona que tiene un papel de subordinación debe enfocarse en estar bajo aquellos que han sido puestos sobre ella. Cada persona en autoridad debe enfocarse en buscar el

bienestar de aquellos que han sido puestos bajo su cuidado. Trata a la gente diferentemente. Tercero, la vida está arreglada de tal modo que todos debemos someternos a Cristo al estar bajo algunas personas, y casi todos nosotros debemos reflejar a Cristo al cuidar de otras personas. El “debemos” en cada una de estas verdades no es algo que se de por sentado, sino es el plan proveniente del reino de luz. Por el contrario, aquellos que se someten al príncipe de la potestad del aire siguen los deseos del cuerpo y la mente, y andan en tinieblas. Cuando son llamados a la sumisión genuina, usurpan la autoridad o se vuelven tapete que todos pisan. Cuando son llamados a cuidar perseverantemente de otros, se vuelven tiranos o abdican. Están ciegos al estilo de vida radiante y sabio enseñado por el temor a Cristo. Pero aquellos que siguen a Jesús el Mesías, en quien las naciones encuentran tanto la esperanza como a Dios, vivirán en esta luz.

Una Teología Bíblica de las Relaciones

por Paul Randolph

Traducido del *Journal of Biblical Counseling*, Vol. 19, No. 3, 2001, pp. 8-18.

Bob y Julie vinieron a verme, al igual que muchas otras parejas, ya como el último recurso antes de ir a ver al abogado para tramitar su divorcio. De hecho, Bob ya había sido asesorado por un abogado, quien le recomendó que hablara con su pastor antes de seguir adelante. Me compartieron cómo su matrimonio había tenido un inicio rocoso y cómo se habían alejado el uno del otro con el paso de los años. Ella se quejaba de que él era muy ofensivo con ella, y que tenía que pasar muchas horas en el trabajo debido a cambios de turno y horas extras. Cuando pasaban tiempo juntos, usualmente terminaban discutiendo. Bob se quejaba de que Julie ya no era afectiva y atenta como solía serlo. También él estaba hastiado de estar peleando, especialmente por lo que en su opinión eran problemas tan insignificantes. Estaban muy a la defensiva y se criticaban mucho el uno al otro. Las tensiones cotidianas que laceran el amor los estaban consumiendo. Julie me dijo cómo solía orar a Dios diciendo “No se supone que esto deba ser así”. Me hicieron saber claramente que yo era la última esperanza para salvar su matrimonio.

A menudo los problemas de una pareja que se presentan son síntomas de problemas que van más profundo. En el caso de Julie y Bob, a medida que hablábamos acerca de varios asuntos, me llegó a parecer que mucha de su insatisfacción se debía a su perspectiva de cómo debía funcionar un matrimonio y a su relación individual con Dios. Bob fue muy franco con respecto a que él esperaba ciertas cosas de su esposa, y que no estaba dispuesto a cambiar a menos que viera cambios en ella. “Si rascas mi espalda, te rascaré la tuya”. Era una perspectiva del matrimonio del tipo “50%-50%”.

Julie, por otro lado, sentía que tenía muchas necesidades que no estaban siendo satisfechas. Ella dijo que sus comentarios sarcásticos y ofensas habían afectado profundamente su autoestima. Ella decía, “No bastará con que él pase el próximo par de semanas siendo más amable y evitando sus comentarios negativos. Mi insatisfacción llega mucho más profundo que eso. He eliminado toda emoción agradable hacia él. Él piensa que con ser amable por un par de semanas logrará que me tranquilice”: Una descripción que comenté pareció resumir mejor lo que Julie estaba diciendo. Dije, “Me parece que sientes que tu matrimonio es un barco que se está hundiendo. Has estado en lo profundo del cuarto de máquinas, trabajando en las bombas para tratar de salir a flote, y estás desfalleciendo manejando las bombas a medida que el agua sigue subiendo día tras día. Todo este tiempo tu esposo ha estado en cubierta pensando que si arregla mejor los muebles, tú te sentirás feliz”.

La pregunta es, ¿Hacia donde te diriges con esto como consejero? Esta pareja necesita más que “Diez pasos para resolver mejor un conflicto” o versículos para Bob que hablen de cómo hablarle más amablemente a su esposa. Ciertamente esto podría traer algo de alivio a sus problemas a un nivel funcional, pero algo mucho más profundo estaba en el corazón de sus problemas.

Permítanme pedirles que consideren estas preguntas. ¿Cuál es la base de las decisiones de consejo que tomas al estar trabajando con parejas e individuos? ¿Tienes una teología de las relaciones que te guíe en tu trabajo con gente con problemas en sus relaciones? Al pasar más tiempo con Bob y Julie, y con muchas parejas como ellos, encuentro que cada cónyuge tiene una idea fundamental y silenciosa de lo que debe ser un matrimonio y cómo debe funcionar. A esto le llamo la “teología práctica del matrimonio” que tiene un individuo.

Hasta este punto, pienso que muchos de ustedes con experiencia en consejería dirán que esto no es algo profundo. En mis primeros años como consejero matrimonial a menudo encontraba esto y con frecuencia lo atendía yendo a pasajes tales como Efesios 5. Este es un gran pasaje para definir cómo cada cónyuge debe funcionar en la relación matrimonial. El problema que encuentro con limitar la consejería a Efesios 5 es que, aunque provee lo fundamental para el matrimonio (someterse unos a otros, esposas sométanse a sus maridos, esposos amen a sus esposas como Cristo amó a la

Iglesia), no le da mucha explicación a las parejas de cómo practicar esto en la vida diaria de su matrimonio. Y a menudo es usado como apoyo para probar un punto de vista de la relación esposo-esposa en contra de otro punto de vista.

Pienso que el mejor lugar para obtener un entendimiento bíblico de cómo deben funcionar las relaciones es ir a Aquel que nos creó para estar en relaciones, es decir, a Dios. Dios creó a la gente con la capacidad de estar en relación con otra persona y de amar a esa persona. En un nivel, la Biblia simplemente es un registro de la relación de Dios con su pueblo a medida que Su plan de redención se desarrolla a través del curso de la historia. Es a través de este registro que encontramos gran entendimiento de la manera en la que Dios opera en las relaciones con otros, de tal modo que esto puede formar la base para entender cómo debemos funcionar en las relaciones con otros.

Hace algunos años desarrollé un modelo de la familia basado en la idea de ver a Dios como el modelo y la base de cómo los padres deben relacionarse con sus hijos (El Modelo de la familia del pacto). La presuposición fundamental de este enfoque era que la familia está enraizada en la persona de Dios. Es importante abrir la Biblia entera para entender cómo Dios es el modelo supremo para los padres. Esto llevó mi entendimiento de la familia más allá de los versículos específicos que hablan de ello y me desafió a ver cómo Dios funciona como un padre modelo *a través de toda la Biblia*. Lo que me gustaría hacer en este estudio es tomar este mismo enfoque básico y aplicarlo a las relaciones en general y al matrimonio en particular.

Quisiera proponer una teología bíblica de las relaciones que pueda ayudar a la gente a entender lo que tiene Dios en mente en cuanto a cómo debemos relacionarnos unos con otros. La base de esto son las relaciones de pacto que Dios tiene con su pueblo. Es interesante para mí que Dios no sólo describa nuestras relaciones con él con analogías de padre-hijo; sino también usa palabras e imágenes de una relación esposo-esposa. Consideremos estos tres ejemplos:

“Y serás corona de gloria en la mano de Jehová, y diadema de reino en la mano del Dios tuyo. Nunca más te llamarán Desamparada, ni tu tierra se dirá más Desolada; sino que serás llamada Hefzi-bá, y tu tierra, Beula; porque el amor de Jehová estará en ti, y tu tierra será desposada. Pues como el joven se desposa con la virgen, se desposarán contigo tus hijos; y como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo.” (Isaías 62:3-5)

“Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová.” (Óseas 2:19-20)

“Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia”. (Efesios 5:30-32)

Es claro en la Escritura que Él es el esposo, y nosotros, el cuerpo de Cristo, somos la esposa.¹

Si es cierto que Dios expresamente describe Su relación con nosotros en términos del matrimonio, entonces podemos usar la manera como él funciona en ese matrimonio para comprender cómo debemos funcionar en nuestros matrimonios. El pacto es el fundamento de esta relación entre Dios y Su pueblo. El pacto es el medio que Dios usa para establecer y gobernar la relación que él tiene con su pueblo.² El pacto es una relación de compromiso que hace que Dios y su pueblo estén en una relación permanente con obligaciones y bendiciones para ambos. Esta relación tiene implicaciones de vida o muerte y es establecida soberanamente por Dios.

Al estudiar las Escrituras, encontrarás tres principios que son el fundamento de todo lo que Dios hace en relación con su esposa. Estas son:

¹ Ver también Isa. 54:5, Jer. 31:32, El libro de Oseas, Mat. 25:1-10; y Apoc. 19:70.

² Ver O. Palmer Robertson, *The Christ of the Covenants* (Phillipsburg, NJ: P&R Publishing), 1981) para un estudio excelente de la naturaleza de los pactos de Dios en la Escritura

Compromiso – Y os tomaré por mi pueblo y seré vuestro Dios; Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y g (Ex. 6:7, Deut. 7:9).

Amor – Con amor eterno te he amado; (Jer. 31:3).

Ley – Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas. (Deut. 7:11).

Tal y como Dios usa los principios de compromiso, amor y ley como el cimiento de Su relación con su esposa, así también podemos usar los mismos principios en nuestras relaciones con nuestros cónyuges. Todo lo que Dios hace en relación con nosotros está enraizado en uno o más de estos tres principios del pacto. Por lo tanto, todo lo que hago en relación con mi esposa debe estar basado en los principios de compromiso, amor y ley.

Los principios de compromiso, amor y ley son otra manera de describir el voto matrimonial que hice con mi esposa. Al entrar a la relación matrimonial con mi esposa, le expresé mi amor, mi compromiso hacia ella y mi deseo de ser un esposo piadoso (ley, es decir, seguir las normas de conducta que Dios quiere de mí como esposo). Si mi matrimonio va a funcionar como Dios quiere, entonces debo basar todas mis decisiones y conducta en el matrimonio en estos tres principios. Esto excluye de mi toma de decisiones y conducta cómo me sienta, qué desee, o qué piense que necesite. En vez de eso, baso mis decisiones y conducta en lo que expresará mi compromiso hacia mi esposa, mi amor para mi esposa y la voluntad revelada de Dios para nuestras vidas.

Piensa por un momento cómo el mundo, y muchos en la Iglesia, enfocan el asunto de la satisfacción matrimonial. Cuando mi esposa y yo nos estábamos preparando para el matrimonio, nuestro pastor nos dio una copia de un cuaderno de trabajo de consejería cristiana prenupcial que era popular en el momento. Cuando llegamos al capítulo de la satisfacción de necesidades en el matrimonio, se nos presentó la pirámide de necesidades de Abraham Maslow. Muchos de los ejercicios en ese capítulo estaban diseñados para hacer que cada cónyuge pensara acerca de sus propias necesidades y cómo hacer que su futuro cónyuge las satisficiera. En otras palabras, la fuerza directriz que estaba detrás de lo que es hecho por cada cónyuge era descrito como muy “centrado en el yo”:

- ¿Cuáles son *mis necesidades* en el matrimonio?
- ¿Qué puede hacer mi cónyuge para satisfacer *mis necesidades*?
- ¿Cómo puede ayudarme mi cónyuge a *autorealizarme*?

Los autores advertían que la *autoestima* era uno de los fundamentos básicos de un matrimonio. Si entrabas al matrimonio con una baja autoestima, podrías estarte casando sólo para que tu cónyuge te subiera la autoestima. Pero eso es exactamente lo que me dijeron que era un matrimonio saludable, que mi cónyuge satisficiera mis necesidades para elevar mi autoestima. Este era todo el problema con Bob y Julie. Se mantenían viendo cómo el otro no estaba llenando sus necesidades orientadas al yo. Cada uno me dijo cómo estaban listos para salirse del matrimonio porque sus necesidades no estaban siendo satisfechas. El problema con toda esta mentalidad del tipo “satisface mis necesidades” es que aunque los autores hablan de cómo los esposos deben buscar satisfacer las necesidades del otro, en la práctica, los cónyuges nunca van más allá de ver primero que sus propias necesidades sean satisfechas. También, no sólo cada cónyuge se vuelve el que “debe satisfacer al otro”, sino inclusive Dios es reducido a ser un sirviente a la disposición de sus necesidades.

En contraste a esto, es imperativo que construyamos una teología bíblica del matrimonio que exprese el énfasis claro de la Escritura de las relaciones que no está centrado en el yo, sino en los demás. Tengo una relación con Dios no para que él satisfaga mis necesidades como prioridad, sino para glorificarle. Todo está orientado hacia los demás, no está orientado al yo, ya sea que se trate de las acciones de Dios al enviar a Su Hijo a morir por nosotros en Filipenses 2, o de Su definición del amor en 1 Corintios 13, o de cómo debe funcionar el Cuerpo de Cristo en Romanos 12, o cómo debe

funcionar el matrimonio en Efesios 5. Esta orientación hacia los demás debe, entonces, ser la fuerza directriz en mis relaciones con otros si es que quiero reflejar la voluntad y propósito de Cristo para las relaciones. Si es que voy a seguir el ejemplo de Cristo, entonces debo tener esta misma orientación como Jesús quien vino no para ser servido sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos (Marcos 10:45).

Ahora tomemos un momento para ver cómo los principios del pacto, que son el compromiso, amor y ley, son expresados en uno de los pasajes más extensos acerca del matrimonio en la Biblia: Efesios 5. En el primer versículo del capítulo, se nos dice que seamos “imitadores de Dios”. Algo fundamental para todo lo que Dios dice acerca del matrimonio comenzando con el versículo 21, es el llamado explícito de Dios a usarle como nuestro modelo. Él es quien da la última palabra en términos de cómo debemos actuar en relación con otros, y nos provee de un ejemplo perfecto.

Al avanzar en el capítulo 5 de Efesios, llegas a los versículos 21-33 donde los teólogos han concentrado su atención para encontrar una teología del matrimonio. Pablo usa la analogía de la relación entre Cristo y Su Iglesia para ayudarnos a entender la relación entre un esposo y su esposa. Al reflexionar en la relación entre Cristo y Su esposa a través de la Escritura, es obvio que esta relación está basada en los principios del pacto de compromiso, amor y ley. Ciertamente Cristo está comprometido con Su Iglesia y no volverá la espalda a ese compromiso. En Filipenses 1:6 leemos, “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús”. Cristo también demuestra Su amor por su esposa de muchas maneras, de las cuales no es la menor su muerte en la cruz. Romanos 5:8: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros”. Finalmente, la ley es claramente establecida en esta relación entre Cristo y su Iglesia en que Cristo siempre actúa de manera consistente con la justicia y verdad de Dios. El simple hecho de que Cristo y su relación con la iglesia es el arquetipo del matrimonio cristiano significa que puesto que Cristo opera de acuerdo con estos principios del pacto para tener un “matrimonio exitoso”, entonces, también nosotros debemos basar nuestro matrimonio sobre los mismos principios del pacto.

Consideremos cómo los principios del pacto pueden encontrarse con mayor claridad en Efesios 5. Ciertamente existe un elemento de compromiso encontrado en este pasaje clave. En el verso 30, Pablo subraya que todos somos miembros del Cuerpo de Cristo. Luego explica más de esto en el verso 31 al citar la definición importante del matrimonio dada por Dios en Génesis: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”. Aquí vemos al esposo y a la esposa juntándose con tal fuerte compromiso que se “unen” y son vistos como “una sola carne” por Dios.

Efesios 5 también expresa el principio del pacto del amor. Se le dice a los maridos que deben amar a sus esposas como Cristo ama a la Iglesia (v.25). Este tema de los maridos amando a sus esposas es repetido a través del resto del pasaje. La palabra que usa Pablo da la idea de un amor combinado con cuidados y ternura.

Inclusive el principio del pacto de la ley se expresa en Efesios 5. Notemos cómo se le dice a los esposos que amen a sus esposas como Cristo ama a la Iglesia con el propósito de *santificarla*. La meta de este matrimonio entre Cristo y la Iglesia es que Cristo presente a la Iglesia sin mancha ni arruga, santa y sin culpa. Aunque el misterio de esta relación se reconoce que es grande, es claro que la justicia, o la ley es muy importante como una base y una meta para la relación. Inclusive el llamado a las esposas a someterse a sus maridos y el llamado al sometimiento mutuo en el verso 21 pueden relacionarse con la ley. La sumisión no es algo que viene con naturalidad, sino puede ser llevada a efecto sólo a medida que tanto el esposo como la esposa se sometan a la ley de Dios, la cual nos ordena que hagamos esto desde el principio.

Los principios matrimoniales del compromiso, amor y ley encontrados en Efesios 5 pueden ser usados para ayudarnos a ver cómo actúa Dios como un esposo fiel para con su esposa a través de toda la Escritura. Esto abre totalmente la Palabra de Dios para entender cómo podemos aprender lo

que significa estar comprometido con nuestro cónyuge, cómo amar a nuestro cónyuge y cómo actuar en rectitud hacia nuestro cónyuge. Pero recordemos que debemos mantener estos principios y las acciones que fluyen de ellos enraizados en el pacto de Dios, quien ha establecido todo desde el principio.

Uno de los lugares para ver esto es en el libro de Oseas donde Dios lidia con su pueblo como si fueran una esposa infiel que ha cometido adulterio. El adulterio ciertamente es una de las cargas más pesadas y estremecedoras que cualquier matrimonio puede enfrentar. No obstante, en Oseas, Dios se da a la tarea de permanecer fiel a una esposa que es infiel. Dios inclusive llama a su profeta a casarse con una prostituta para proveer un ejemplo verdadero y poderoso de lo que él mismo debe soportar con su esposa Israel. Por todo el libro ves los principios del pacto funcionando a medida que Dios lidia con su esposa infiel. Por ejemplo, Dios reafirma su ley al condenar a su esposa por su infidelidad en 2:1-13. Luego ves a Dios compadecerse de su esposa con un lenguaje conmovedor y tierno en 2:14-23, lo cual nos habla de su amor y su compromiso hacia su esposa. Por todo el libro, Oseas alterna entre el juicio de Dios hacia su esposa por su infidelidad y su compromiso a ser fiel a ella, culminando en el capítulo 14 donde Dios habla de la bendición futura prometida a su esposa. De nuevo, la idea es derivar nuestro entendimiento del matrimonio no sólo de los pasajes que hablan específicamente de esposos y esposas. Podemos buscar en la Biblia entera porque Dios se relaciona con su esposa por toda la Escritura.

Contrastemos ahora estos principios de compromiso, amor y ley con la manera en la que el mundo lidia con el matrimonio. Al batallar con la relación matrimonial, el mundo sugiere ideas que realmente se derivan de los principios descritos aquí. Por ejemplo, muchos en nuestra sociedad condenan la preponderancia del divorcio y la facilidad con la que las parejas abandonan su compromiso matrimonial. Una respuesta promulgada por algunas legislaturas es el concepto de un “pacto matrimonial”. Las parejas aceptan un programa prescrito de consejería prenupcial y firman un documento en el que declinan la posibilidad de buscar un divorcio contencioso en el futuro.

¿Qué está mal con esto? Desde la perspectiva bíblica de este artículo, simplemente es un intento secular de fortalecer el principio de compromiso. Pero ¿cómo puede lograrse esto sin Dios? Sin Dios como el punto de partida, una pareja que está considerando divorciarse simplemente tiene un contrato que dice que no puede promover un divorcio contencioso. La pareja funciona bajo un arreglo legal sin ningún otro poder y autoridad que la del gobierno.

¡Cuánto mejor es ver que el compromiso fluye de nuestra relación con Dios y valernos de Su poder para cimentar y fortalecer el compromiso del esposo y la esposa! Francamente, hay días que no me siento tan comprometido como debería estar hacia mi esposa. Quiero las cosas a mi manera y a mi tiempo. Ciertamente el gobierno no tiene el poder para hacerme desear estar más comprometido. Pero Dios y Su Palabra tienen el poder para transformar mi corazón a largo plazo y de convencerme a corto plazo, de que necesito estar comprometido con mi esposa.

Otro ejemplo lo encontramos en la manera en la que nuestro mundo secular lucha con el concepto del amor. Usualmente se percibe el amor como un sentimiento que se encuentra enamorándose. Mientras los sentimientos de amor se encuentren en relación con mi esposa, entonces se piensa que nuestro amor está floreciendo. Aunado a este énfasis en el “sentimiento” se prueban los medios por los cuales estos sentimientos deben ser fomentados. Cuando una pareja está perdiendo su “enamoramiento”, a menudo se cree que la pareja ya no está satisfaciendo las necesidades del uno hacia el otro. En el lenguaje común de nuestros días, el amor es 50 – 50. Tú me das mi 50, y yo te daré tu 50. Por supuesto, en la práctica, estoy más enfocado en obtener lo mío que en darte lo tuyo. En el ejemplo de la pareja mencionada al principio del estudio, Bob me dijo con mucha franqueza que hasta que sus necesidades fueran satisfechas no tenía intención de cambiar.

De nuevo, la idea de amor ha sido separada de Aquel que nos ha dado amor en primer lugar, es decir, Dios. Cuando esto ocurre, nuestras ideas acerca del amor (amor como un sentimiento) reemplazan la idea de Dios acerca del amor (amor como una acción). El concepto divino del amor

siempre se enfoca en los demás mientras que el nuestro se enfoca en uno mismo. Al enraizar nuestro concepto de amor en Dios nos mantenemos en el enfoque en donde debemos estar y nos da la habilidad de amar cuando no “sentimos ganas” de hacerlo. Hay ocasiones en las que me siento disgustado con mi esposa, y no me siento muy amoroso, no obstante escojo actuar en amor hacia ella. ¿Por qué? Porque este es el ejemplo que Dios nos da, y por su gracia soy capaz de vencer mis sentimientos de disgusto para actuar en amor hacia ella.³

Un tercer ejemplo provee un contraste con el principio del pacto de la ley. Cuando hay problemas en la manera en la que el matrimonio está funcionando a menudo dirigimos a las parejas hacia “cinco claves de la comunicación” o a los “seis pasos de la resolución de conflictos”. La respuesta que damos como consejeros es que se establezcan una nueva serie de reglas por las cuales la pareja pueda funcionar de ahora en adelante. Cuando estos principios y reglas son separadas de Dios, en realidad se convierte en una ley en sí mismas. Los consejeros cristianos que hacen esto crean inadvertidamente un enfoque legalista y farisaico del matrimonio. La ley nunca debe divorciarse de Dios quien nos la da como una función de su gracia. Sin enraizar esto en Dios, simplemente tenemos una serie de reglas para seguir, divorciadas de Su poder y Su naturaleza como la fuente de la justicia.

Ahora tomemos los principios del pacto de compromiso, amor y ley y demostremos en la Escritura cómo funcionan a un nivel práctico ejemplificados por Dios. Debido al compromiso que Dios tiene hacia su pueblo, hace ciertas promesas y es fiel a dichas promesas.⁴ Cuando un hombre y una mujer entran al matrimonio, hacen votos de compromiso el uno hacia el otro. También hacen ciertas promesas explícitas e implícitas el uno al otro, cualquiera que sea la condición, en riqueza o en pobreza, en enfermedad o en salud, hasta que la muerte los separe. Esta es una expresión de compromiso que luego debe practicarse en el matrimonio.

La fidelidad como una acción significa que el esposo y la esposa cumplirán las promesas, tanto explícitas como implícitas, que se hicieron en sus votos nupciales, al igual que en todas las promesas subsecuentes que se hayan hecho en el curso del matrimonio. Adicionalmente, el compromiso se enfoca en el asunto de la fidelidad marital que es un problema en nuestros días. Debo ver mi compromiso con mi cónyuge como único entre mis otras relaciones humanas y debo dedicarme a preservarlo y a protegerlo. Un esposo y una esposa pueden edificar la intimidad sólo cuando existe confianza. Y la confianza se edifica viviendo el compromiso hecho a través de cumplir las promesas hechas. Esta es la razón por la que el adulterio es tan devastador para el matrimonio. Despedaza el compromiso principal, dejando a su paso piezas rotas en el corazón del adúltero y la parte inocente.

Considerando el principio del pacto del amor, Dios demuestra esto por medio del afecto y la gracia.⁵ Estas dos acciones se traducen perfectamente en la relación matrimonial. Es obvio que un matrimonio necesita ambas acciones para mantener su vitalidad. El afecto entre un esposo y esposa no sólo es demandado por el ejemplo de Dios, sino que es ordenado y descrito por toda la Escritura (Ver Prov. 5:15-20; 1 Cor. 7:1-7). La gracia también es una acción importante que las parejas deben aplicar al perdonarse uno al otro por las muchas veces en que uno ofende o lastima al otro. Debido al pecado inherente de la gente que se casa, habrá una gran necesidad de que los esposos se perdonen el uno al otro. Mucho del resentimiento y amargura que puede crecer en un matrimonio se debe a una falta de disposición para perdonar.

³ Contrasta la idea del amor basada en las necesidades y sentimientos con la enseñanza de Jesús sobre el amor en Lucas 6:27 en adelante.

⁴ Ver Gen. 9:8-17; 14:17-15:11; Deut. 7:12-26; 2 Sam. 7:8; 1 Re. 8:56, 1 Ped. 4:19.

⁵ Ver Ex. 19:5; Num. 14:19; Deut. 7:6-7, 10:15, 14:2, 26:18; Sal. 135:4; Mal. 3:17; Rom. 5:8; 1 Juan 1:9

El tercer conjunto de acciones fluye del principio del pacto de la ley Puesto que Dios es Santo, siempre está en una relación de rectitud con su esposa, la iglesia.⁶ La ley simplemente es un producto de su carácter, y como Dios, siempre sigue la ley. Aunque ningún esposo o esposa humanos puede hacer esto perfectamente, de todas maneras es importante que los cónyuges vivan rectamente el uno hacia el otro. Esto implica vivir en obediencia a la ley de Dios en la conducta del matrimonio. Esta obediencia no es simplemente a los mandamientos directos que se dan a los cónyuges, sin también a toda la enseñanza de la Palabra de Dios con respecto a nuestra conducta hacia los demás. Por ejemplo, Romanos 12:9-21 tradicionalmente se aplica a los cristianos en sus vidas personales y en las relaciones en la iglesia. ¡Este es un gran pasaje para aplicar a la relación esposo – esposa! ¿No son acaso estos versos simplemente una aplicación del tipo de amor que Dios tiene hacia su esposa?

Además de vivir rectamente, la ley también demanda que nos arrepintamos del pecado cuando se quebranta la ley de Dios en relación con nuestro cónyuge. Dios nunca se tiene que arrepentir porque nunca deja de vivir perfectamente en rectitud. Si es que hay una cosa que conduce a la frustración marital, es cuando un cónyuge señala un problema en la conducta del compañero y nada cambia. Es importante que el esposo y la esposa cuando se les señale alguna ofensa, no sólo la confiesen a Dios sino que se arrepientan y lo dejen de hacer.

Tal y como hay bendiciones para ser experimentadas por la esposa de Dios, también hay bendiciones para el esposo y la esposa cuando cumplen el pacto del matrimonio. Consideremos algunos resultados de cada uno de los tres principios del pacto. Bajo el área de compromiso, una de las áreas mayores de bendición es el desarrollo de confianza entre los cónyuges. Se edifica la confianza cuando un cónyuge hace promesas y luego las cumple. La interdependencia también fluye de la pareja que aprende a depender el uno en el otro. Una actitud de servicio se cultiva cuando la pareja busca lo que es mejor para su cónyuge.

Con respecto al amor, la pareja aprende a crecer en intimidad en una atmósfera de aceptación al practicar el afecto y la gracia. Aprenden a perdonarse el uno al otro y a dejar en el pasado las faltas del cónyuge. La pareja se beneficia al experimentar la norma y el ejemplo del amor divino al aplicarlo a la manera en la que se aman el uno al otro.

Cuando consideras el área de la ley, existen muchas bendiciones cuando la pareja actúa en rectitud y verdad el uno hacia el otro. Cuando un cónyuge lastima o le falla al otro, él o ella puede ayudar al cónyuge herido a dejar la herida en el pasado por medio de arrepentirse del pecado. Cuando en el matrimonio se practican las normas de Dios para el matrimonio y para la relación con los demás, se experimenta toda la bendición que viene al vivir la vida como Dios desea. Existe seguridad cuando se conocen las reglas para la relación y cada cónyuge está comprometido a practicarlas. El hecho de que las reglas fundamentales para la relación vienen de Dios y no están sujetas a cambio o al capricho de los cónyuges, establece la relación sobre la roca firme de la Palabra de Dios y no en las arenas movedizas de los sentimientos y deseos humanos.

Esto nos conduce a otro beneficio del entendimiento de la relación matrimonial como un pacto y la aplicación del mismo a un nivel funcional. Esto tiene que ver con el asunto de autoridad y quien “lleva los pantalones” en el matrimonio. A menudo las parejas batallan por ver quién se saldrá con la suya en ciertas decisiones o áreas del matrimonio. El pacto del matrimonio deja claro que ambos cónyuges primeramente deben someterse a Dios. Él es quien manda.

Este era el asunto principal en el caso de Bob y Julie. Cada uno tenía cierta imagen ideal de cómo debía funcionar el matrimonio, y por debajo de esto, tenían una idea de quién debía mandar en el matrimonio. Este conflicto disimulado acerca de la autoridad destruía poco a poco todo intento de resolver las peleas. Cuando comenzamos a considerar juntos este modelo, empezaron a ver cómo el señorío de Dios debe ser el interés fundamental en sus vidas como individuos y como pareja. Bob y

⁶ Num. 23:19; 1 Sam. 15:29; Is. 40:8, 55:11; Ef. 5:26, 27; Tit. 2:14; Heb. 10:10, 13:12

Julie comenzaron a ver cómo cada uno necesitaba someter su corazón personalmente a Su señorío, y al hacerlo, comenzaron a tener una nueva perspectiva de lo que significaba estar casados. No se trataba de ver quien gana más discusiones, o quien se sale con la suya más veces, sino cuál es voluntad de Dios y qué le trae mayor gloria.

Aquí es donde una teología bíblica del matrimonio realmente puede ayudar. Antes de desarrollar este entendimiento, aconsejaba a parejas como ésta usando material desarrollado por autores tales como Harley en su libro “Las necesidades de él y de ella”⁷ Harley describe cómo cada persona tiene un banco de amor, y el propósito del matrimonio siempre es realizar más depósitos positivos en el banco de tu cónyuge por medio de amarlo cómo él o ella lo desea. Igualmente, cada cónyuge debe evitar realizar retiros del banco de amor por medio de actuar en formas que no reflejen un entendimiento de cómo desea el cónyuge ser amado.

Esta idea es una imagen útil que puede comunicar algo a las parejas. Ciertamente, como esposo debo aprender cómo mi cónyuge desea ser amada y buscar cumplir sus deseos relacionales. El problema es que las parejas, en su naturaleza humana pecaminosa, siempre buscaran llenar primeramente *su* “estado de cuenta”. Algunos esposos y esposas me han dicho con franqueza que no están dispuestos a cambiar (hacer depósitos en el banco de amor de su cónyuge) a menos de que su cónyuge haga su depósito primero.

El matrimonio como pacto lleva a la pareja a un nivel más profundo forzándolos a considerar cómo deben primero buscar servir a Dios y tener como fundamento un enfoque redentor del matrimonio. Una vez que me doy cuenta que mi primera preocupación no es velar por mis deseos o “estado de cuenta”, sino cómo debo amar a mi cónyuge a través de amar a Dios, entonces puedo tener una actitud de siervo y realmente puedo aplicar Efesios 5:21- Esto fue lo que desatoró a Bob y a Julie. No fueron “Los Diez pasos hacia un matrimonio mejor” o “Cuatro Métodos para resolver conflictos”, sino considerar su matrimonio como Dios lo ve. Luego, aplicamos la enseñanza de Dios para cambiar sus creencias básicas acerca del matrimonio.

Pongamos todo junto en un modelo pictórico que resuma el enfoque defendido en este artículo. He representado el modelo con la forma de una pirámide tridimensional. La figura 1 es un modelo pictórico visto desde uno de sus lados, y muestra que los niveles fluyen de Dios para abajo, Él es nuestro modelo supremo para las relaciones. La figura 2 muestra el modelo como si lo estuvieras viendo desde arriba, en el cual se observa a Dios en el centro. Estas representaciones pictóricas proveen maneras de visualizar el modelo y usarlo como una herramienta en la consejería.

⁷ Willard F. Harley, Jr., *His Needs, Her Needs: Building an affair-proof Marriage* (Tarrytown, NY: Revell, 1986).

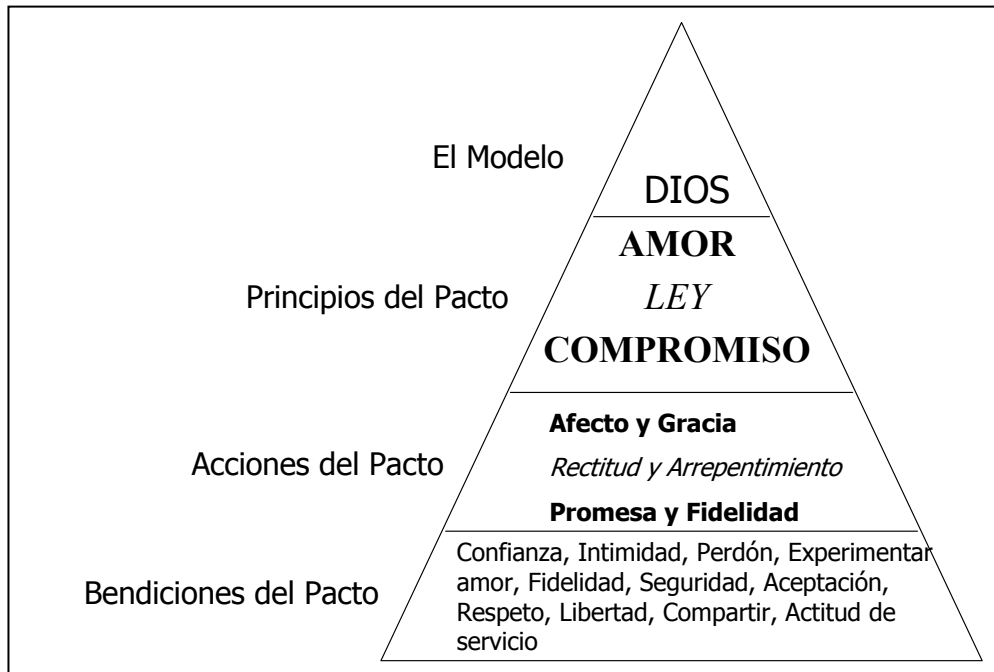


Figura 1.

Ahora que he desarrollado esta teología del matrimonio, deseo sugerir algunas maneras en las que el consejero puede usar el modelo para ayudar a las parejas. Este modelo no responde todas las preguntas y ciertamente no es la palabra final sobre cómo lidiar con los problemas matrimoniales. La fortaleza de este modelo es que dirige a los aconsejados hacia Dios quien es la respuesta suprema. Es efectivo en la medida que lleve a la gente a considerar el ejemplo de Dios y la verdad de Dios para revelarles cómo debe funcionar un matrimonio. El modelo simplemente es una manera de organizar la enseñanza de la Escritura y aplicar el pacto de una manera más significativa al matrimonio.

He encontrado que el modelo es útil de varias maneras al trabajar con parejas. Primero, me da una manera de organizar la información que recibo de la pareja de tal manera que sea contrastada con la Escritura. Aquí hay algunas preguntas que me hago mientras escucho a la pareja:

- ¿Hay algunos temas relacionados con los problemas en este matrimonio?
- ¿Los problemas tienden a ser predominantes en uno de los tres principios del pacto?
- ¿Cuál es el concepto de esta pareja acerca del matrimonio bíblico?
- ¿Cuál es la perspectiva de Dios que tiene cada uno de los cónyuges?
- ¿Cuán balanceada está su perspectiva de Dios y del matrimonio?
- ¿Cómo vive esta pareja con respecto al matrimonio piadoso en la vida cotidiana?

Con este modelo se puede sugerir maneras de organizar y comunicar asuntos que son inherentes en la Escritura. A veces pienso en la vista desde arriba del modelo como una pantalla de un radar; y al estar recabando la información, lo miro para ver donde se muestran las “luces de alerta”. Una palabra de advertencia. He encontrado que es común forzar la información para que entre en este u otro modelo. Esto trae mayor confusión y malos entendidos para el consejero y la pareja. Si algo no cuadra, no lo cuades a la fuerza.

Segundo, utilizo mi entendimiento de este modelo para ayudarme a organizar las preguntas que hago para conseguir más información. Paso tiempo preguntando acerca del compromiso y los pasos de acción involucrados y luego prosigo con uno de los otros principios del pacto. Aunque el problema esté relacionado con uno de los principios del pacto, de todas maneras hago preguntas

relacionados con los otros dos para conseguir un cuadro más completo del matrimonio. Mantengo el modelo en mente al hacer preguntas sugeridas por las varias partes del pacto del matrimonio. Divido estas preguntas para que correspondan con los cuatro niveles principales del modelo. Esto ayuda a organizar la información que recibo, pero no sigo un orden fijo que comience con el primer nivel y luego continúe con el siguiente. Analizo la información después al pensar en la pareja y en lo que está ocurriendo en su matrimonio a un nivel funcional y presuposicional.

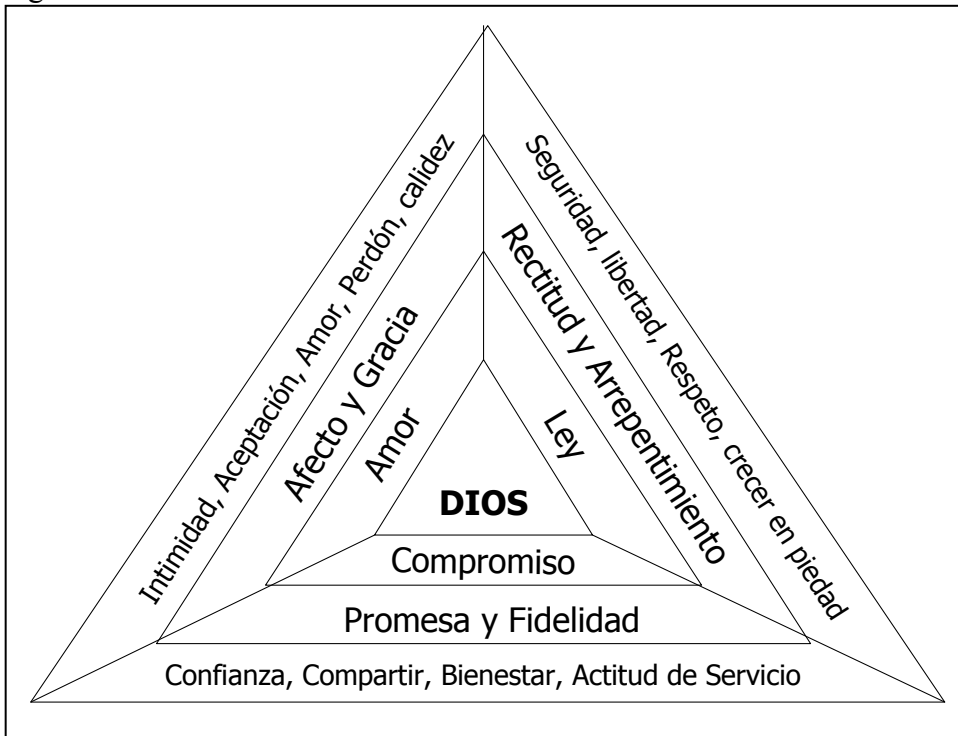
Aquí hay algunas preguntas que hago respecto a la perspectiva de Dios que tiene la pareja y cuán importante es Él en su matrimonio:

- ¿Cuál es tu perspectiva acerca de Dios?
- ¿Cómo afecta Dios tu matrimonio en la vida cotidiana?
- ¿Oran juntos tú y tu cónyuge? ¿Cuán a menudo?
- ¿Qué quiere lograr Dios en tu matrimonio?
- ¿Cómo reaccionaría Dios ante este problema/situación en tu matrimonio?
- ¿Qué te ha estado enseñando Dios recientemente?
- Usando una escala del 1 al 10, ¿Qué diferencia ha marcado Dios en tu matrimonio a través de los años?

A menudo los consejeros cristianos simplemente atienden la funcionalidad, la bondad, la intimidad y el cuidado, sea lo que sea, Dios es un ejemplo de ello. Uno de los mayores problemas de las parejas hoy en día es el énfasis que se tiene al ver la relación en términos de lo que ésta puede hacer por cada individuo. En nuestra sociedad, hemos visto un cambio de ver el matrimonio como una relación para toda la vida a un énfasis en tener las necesidades satisfechas y los sentimientos cultivados. Este cambio ha contribuido grandemente para tener la confusión que abunda con respecto a lo que constituye un matrimonio. La falta de contacto que los adultos jóvenes tienen con sus padres también contribuye para esta confusión. Hay menos oportunidad de dirección y consejo de los padres sobre la elección del cónyuge. Estos cambios hacen que sea más imperativo que las parejas se dirijan a Dios para encontrar dirección al establecer y mantener relaciones significativas.

Espero que este modelo del pacto para las relaciones sea útil para proveer tanto una teología bíblica de las relaciones como un marco conceptual para ayudarte en tu trabajo con parejas. Que todos nosotros que buscamos dar consejería bíblica mantengamos a Dios en su justo lugar en nuestros propios matrimonios, familias y ministerios de consejería.

Figura 2:



Traducido del artículo en inglés “A Biblical Theology of Relationships,” *Journal of Biblical Counseling*, Vol. 19. No. 3, Spring 2002, pp. 8-18.

El Poder de Nuestras Palabras: Hablando Redentivamente en el Matrimonio

Por Paul David Tripp

Traducido del *Journal of Biblical Counseling*, Vol. 16, No. 3, 1998, pp. 10-18.

Samuel y Belinda tenían 20 años de casados. Era una pareja cristiana con una fe sólida en la Escritura y hasta se podría decir que había cierta comprensión entre ellos, sin embargo, no podían resolver sus problemas.

La primera vez que nos reunimos, Samuel estaba furioso. Cuando terminé de orar, él se levantó y dijo: «¡No sé por qué estoy aquí! Yo sé exactamente qué está mal en nuestra relación, se lo he dicho a Belinda cientos de veces. Ella se niega a escucharlo y prefiere jugar el papel de víctima. No tengo ningún interés en sentarme aquí y ventilar todas las horribles cosas que han pasado entre nosotros en estos 20 años». Diciendo esto se retiró. Yo lo seguí y al fin logré convencerlo de que regresara.

Había mucho de verdad en lo que Samuel había dicho. Él tenía una perspectiva bastante acertada de los problemas de su matrimonio. Varias veces él le había dicho a Belinda cosas que ella simplemente no quería oír. Era cierto que ella tomaba el papel de víctima en los momentos de confrontación. Samuel se había visto obligado una y otra vez a repasar las escenas conflictivas que tenían lugar entre ellos. Sin embargo, a pesar de su habilidad para discernir la situación, Samuel nunca fue una parte sustancial en lo que el Señor quería hacer en la vida de Belinda. De hecho todo intento por diagnosticar su situación dio como resultado una esposa más amargada y con un complejo de víctima como nunca antes. Samuel se interpuso en el camino de la obra de Dios y como resultado, le dio lugar a Satanás.

Los dos, Belinda y Samuel habían aportado cosas a su matrimonio que desencadenaron los problemas. El padre de Belinda fue un hombre tosco, volcado a la crítica. Belinda había visto a su madre ser despedazada verbalmente noche tras noche por su padre quien criticaba su quehacer, su comida, su apariencia y hasta su voz. Muchas noches lloraba inconsolable hasta quedarse dormida, y en otras las ideas en su cabeza daban vueltas pensando en la forma de hacerle pagar a su padre por el trato que le daba a su mamá.

Cuando comenzaron a salir juntos, Samuel no sospechaba que se estaba casando con una mujer que estaba amargada, insegura, temerosa y determinada a hacer lo que fuera necesario para mantenerse alejada de todo lo que se pareciera al infierno que su madre había experimentado.

Por el contrario, los padres de Samuel tenían una bella relación. Era una pareja que solía expresarse mutuamente su amor. Cuando tenían un desacuerdo, ellos no solamente buscaban el perdón uno del otro, pero también pedían perdón a los hijos, si alguno había presenciado el disgusto. Samuel había soñado siempre con un matrimonio como el de sus padres. Se casó con Belinda con esa ilusión.

No fue un error de la soberanía de Dios que Samuel y Belinda se unieran. Dios en su sabiduría los unió, en su propósito redentor, a fin de usar la relación entre ellos como un taller para su obra de santificación. En esta relación, los corazones se podrían quedar al descubierto y ser transformados. Pero Samuel no se casó teniendo esto en mente; sus ojos estaban puestos en sus sueños.

Belinda tampoco se casó con ese propósito de Dios en perspectiva; su mirada estaba clavada en sus temores. Así que ninguno de los dos pensó o habló desde la perspectiva del plan redentor de Dios ni aún cuando Samuel comenzó a ver sus sueños destruidos y Belinda a mirar que sus temores se volvían una realidad.

Las cosas entre ellos se fueron empeorando con los años. Las discusiones en torno a sus dificultades sólo añadían más dolor, complicándolo todo. En lugar de demandar cambio uno del otro, Samuel y Belinda necesitaban aprender lo que significa hablar redentivamente frente al desaliento, el dolor, el fracaso y el pecado.

¿POR QUÉ LAS PALABRAS DESTRUYEN?

¿Cómo podemos entender los problemas en la relación de Belinda y Samuel? ¿Cuál es el camino del cambio que necesitan? ¿Qué significa para ellos hablar redentivamente?

Comencemos por ver lo que ha estado equivocado con Belinda y Samuel. Nuestro pasaje bíblico para diagnosticar es Gálatas 5:13-15:

1. No se valgan de esa libertad para dar rienda suelta a sus pasiones. Mas bien sirvanse unos a otros con amor (13).

Si usted les hubiera preguntado a Belinda y a Samuel si su relación se basaba en alimentar a la naturaleza pecaminosa, ellos enfáticamente hubieran dicho «no». Pero, ellos habrían estado enfática y rotundamente equivocados. Como consecuencia, su relación y la comunicación entre ellos no se desarrolló basándose en la regla del amor que define la Biblia. Desgraciadamente ellos esquivaron la postura de siervo que señala con firmeza este pasaje.

Ellos no le preguntaban a Dios cómo podían ser usados para motivarse uno al otro y respaldar lo que Dios quería desarrollar en la vida de cada uno. No pensaban en cómo podían considerarse unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras (Heb. 10:24). No buscaban maneras de confortarse, animarse, alertarse o enseñarse uno al otro. No percibían las dificultades como una oportunidad de ministrar la gracia de Dios. Tampoco buscaban maneras de ayudarse uno al otro a sobrellevar sus cargas (Gá. 6:2). No escogían palabras que fortalecieran la unidad, el amor y la mutua edificación. Él anhelaba realizar su sueño. Ella buscaba disipar sus temores. Samuel y Belinda esperaban ser servidos.

Es aquí donde este pasaje bíblico es particularmente relevante porque nos señala que cuando no nos servimos en amor, no solamente significa que carecemos de amor y de servicio sino que ¡deja de manifiesto que no hemos admitido en la práctica, que estamos activamente alimentando la naturaleza pecaminosa! (Nota del editor: y como consecuencia, estamos propensos a cometer errores y por lo tanto, el perdón debe ser una práctica cotidiana, así como la compasión, comprensión y apoyo mutuo teniendo en perspectiva que Dios quiere desarrollar la imagen de Cristo en nosotros, por medio del poder del Espíritu Santo, sin que esto sea una excusa para que el pecado se convierta en un hábito).

Uno tiene que decidir entre aceptar el llamado del Señor a servir a quienes nos rodean o vivir para complacer los apetitos de nuestra naturaleza pecaminosa, en espera de que otros satisfagan los mismos apetitos. Belinda y Samuel llegaron a entender que ellos habían iniciado su relación con deseos egoístas en lo profundo del corazón. Persiguiendo su meta de tener la perfecta esposa y familia, Samuel se sintió defraudado y enojado cuando vio a Belinda como un obstáculo para sus sueños. A su vez, Belinda, apuntando a su objetivo de autoprotección, desarrolló su relación y comunicación con Samuel dominada por centrarse constantemente en sí misma. (¿Cómo me está tratando el mundo a mí?). Como resultado, ella criticó cada cosa que Samuel dijo e hizo. Entonces, su frustración, se volcó en enojo. Santiago 4:1-2 explica cómo los deseos de Belinda y Samuel afectaron la dinámica de su relación: *¿Qué ocasiona los pleitos y disputas entre ustedes? ¿Esos problemas provienen de los deseos que batallan dentro de ustedes? ¿Buscan algo que no pueden obtener?*

La relación de Belinda y Samuel fue de constante conflicto porque sus corazones estaban gobernados por los deseos de la naturaleza pecaminosa. Santiago, en la Escritura, habla acerca de los deseos que batallan dentro de nosotros, deseos que desencadenan una guerra para establecer el control sobre la gente y los recursos, en el afán de marcar «su territorio».

La lucha entre los anhelos de tener una familia perfecta y el deseo de autoprotección habían triunfado en el matrimonio de Samuel y Belinda. El resultado fue, como lo describe Santiago, un conflicto permanente.

2. *"Toda la ley se resume en un solo mandamiento: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (14).*

Este versículo también arroja luz en el caso de esta pareja. Sus problemas no eran fundamentalmente horizontales (persona a persona), sino verticales (persona a Dios). Si uno está viviendo para la gloria de Dios, si el amor por el Señor se mantiene por arriba del amor a cualquier persona y cualquier cosa, incluyéndose a uno mismo, entonces el enfoque práctico de la vida será glorificar a Dios en cada cosa que uno haga y diga.

El fruto evidente de un corazón comprometido con Dios es que uno ama a su prójimo como a uno mismo. El primer gran mandamiento siempre precede y determina el cumplimiento del segundo. No es posible amar al prójimo como a uno mismo si primero no está amando a Dios por encima de todo. Santiago 4 es otra vez de ayuda aquí. En el verso 4, en medio del razonamiento de las causas y curas del conflicto humano, Santiago introduce el concepto del adulterio espiritual. El adulterio ocurre cuando el amor que fue prometido a uno es dado a otro. El adulterio espiritual se da cuando el amor que pertenece a Dios es dado a alguna persona o aspecto del mundo creado (ver Ro. 1:25).

¡Santiago dice que la raíz del conflicto humano es el adulterio espiritual! Cuando el deseo por cierta cosa reemplaza el amor a Dios como la fuerza que controla el corazón, la consecuencia será conflicto en las relaciones personales. El conflicto tiene raíces verticales que producen el resultado horizontal de los pleitos y disputas.

El amor a Dios que produce que una persona obedezca sus mandamientos, siempre tendrá como resultado el amor práctico hacia su prójimo.

3. Pero siguen mordiéndose y devorándose, tengan cuidado, no sea que acaben por destruirse unos a otros (15).

La última parte de Gálatas 5 es una buena descripción de la diaria conversación entre Belinda y Samuel. Se mordían y devoraban uno al otro con sus palabras. Su comunicación nunca fue edificante, fortalecedora o alentadora. Sus palabras estaban llenas de crítica, condenación, manipulación, amenazas, juicio, egoísmo, malicia, exigencias, reglas y venganza. La forma de expresarse revelaba que Samuel y Belinda necesitaban un cambio radical en lo profundo de su corazón. Esto podría alterar fundamentalmente la manera como se hablaran el uno al otro.

El problema no fue que ellos llegaran al matrimonio con conflictos. Y esta es una verdad que se aplica a todos; más aún, Dios diseñó la más significativa de las relaciones humanas no sólo para nuestro placer, sino como un instrumento de su continua obra de santificación a fin de que lleguemos a ser para alabanza de su gloria. Como ellos vivieron para ellos mismos y no para Dios, los deseos de su corazón dictaron la respuesta del uno al otro. Se mordieron y devoraron casi al punto de la destrucción. Aún su fe había resultado dañada bajo los escombros de su conflicto.

Hebreos dice que la Biblia es capaz de revelar los pensamientos y actitudes del corazón (He. 4:12b). Es exactamente lo que el pasaje de Gálatas 5 hizo con esta pareja. Porque su relación no fue regida por la ley del amor divino, sino por los deseos de su naturaleza pecaminosa, entraron en cada situación buscando realizar sus propios sueños, deseos y demandas. En su enojo y decepción el uno del otro, se mordieron con sus palabras.

Usando el lenguaje de la perspectiva redentora, en este mundo invadido por el pecado, Belinda y Samuel habían perdido de vista la verdadera guerra que se encubre detrás de las disputas humanas. Ellos habían llegado a pensar que su batalla era contra carne y sangre (humana), así que pelearon entre ellos para lograr los sueños que habían abrigado en su corazón. Sus principales armas fueron sus palabras. ¿Qué podría haber significado para esta pareja hablar «redentivamente» dentro de su situación? Gálatas 5:16 – 6:12 nos conduce paso a paso en lo que significa hablar redentivamente, sin dejar de pasar por alto las preocupaciones de la vida a las que nos enfrentamos todos los días.

1. Hablar redentivamente comienza por reconocer la batalla interna (lea Gá. 5:16-17). Nunca deberíamos permitirnos ver a nuestro cónyuge, padres, hijos, hermanos o amigos como enemigos. Cuando lo hacemos, nuestra meta siempre es ganar, y redentivamente hablando, siempre perdemos. Hay solamente un enemigo que nos avergüenza, manipula, tienta, engaña y maquina cómo distraernos para que olvidemos la batalla real y nos entreguemos a los deseos de la naturaleza pecaminosa.

2. Hablar redentivamente significa no satisfacer los deseos de la naturaleza pecaminosa cuando hablamos (ver Gá. 5:16). Todos batallamos con deseos pecaminosos. Cuando algo pasa, la primera reacción es culpar a otros o librarnos de nuestra responsabilidad. Recordamos a menudo todas las veces que esta persona nos ha fallado o deseamos que sufra como nosotros lo hicimos. Quisiéramos ver a esta persona fracasar en su relación con otros. Nos sentimos celosos cuando alguien es apoyado y no somos nosotros los que recibimos esa atención que creemos merecer y deseamos que quien nos ha fallado, sufra todas las calamidades que nosotros hemos padecido. Hablar redentivamente significa decir «no» a la comunicación que nace de esos deseos.

3. Hablar redentivamente significa rechazar mis comentarios a todo aquello que sea contrario a lo que el Espíritu Santo está buscando producir en mí y en otros (lea Gá. 5:16-18). Como cristianos, lo más importante es la culminación de la obra de Dios tanto en uno mismo como en otros. Nunca deberíamos ser un obstáculo de la obra divina que se lleva a cabo en esos breves instantes de la vida. Es en esos momentos cuando Dios lleva a cabo su obra de santificación. Y ahí, mi responsabilidad como cristiano es ser un instrumento útil en sus manos. Cuando hablamos conforme a los deseos pecaminosos, nos estamos comunicando en una manera que es contraria a lo que el Espíritu Santo busca producir tanto en mí como en los demás.

4. Hablar redentivamente involucra una disposición para examinar qué fruto de la naturaleza pecaminosa está surgiendo de mis labios (lea Gá. 5:19-21). Para poder no dar lugar al enemigo debemos estar dispuestos a poner nuestras palabras bajo el escrutinio del espejo que es la Palabra de Dios. Buscaríamos como dice el Salmista, que *sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón* para ser agradables a los ojos del Señor (Sal. 19:14). Buscaré en mi vocabulario tendencias partidistas, disensión, división, enojo, ira, malicia, odio, egoísmo, autojustificación, autoprotección, defensivismo, impaciencia, irritación, ausencia de perdón, sin bondad, y falta de mansedumbre, junto con toda palabra áspera o materialista. Lo haré con gozo dándome cuenta que debido a la presencia del Espíritu Santo que mora en mí no tengo por qué vivir bajo el control de la naturaleza pecaminosa. Mi deseo debe ser hablar de una manera digna del llamado que he recibido del Señor (Ef. 4:1).

5. Hablar redentivamente significa decir «no» al deseo de justificarme, inculpar al otro o valerse de argumentos para intentar disculparnos por hablar lo que es contrario a la obra del Espíritu o apropiado para un ciudadano del reino de los cielos (lea Gá. 5:19-21). Yo era un joven pastor de una pequeña congregación con enormes necesidades espirituales. Parecía como si no pudiera tener un momento tranquilo en casa, sin que alguien me llamara con su más reciente crisis. Sin darme cuenta se iba aumentando en mí una percepción de cierta gente de nuestra congregación a quienes veía como obstáculos de lo que yo anhelaba realizar, en vez de mirarlos como la finalidad del llamado que gustosamente yo había aceptado del Señor.

Un sábado en la tarde mientras descansaba en casa con mi esposa y mis hijos, recibí una llamada de un hombre joven que sonaba desesperado. Este hombre frecuentemente estaba desalentado y buscaba consejo, pero al mismo tiempo se resistía a seguir lo que se le recomendaba. Aseguraba haberlo intentado todo sin ningún beneficio. Me dijo que al menos que tuviera una razón para vivir, se iba a suicidar ese mismo día. Le pedí a mi esposa que orara por mí y me fui a hablar con él. En el trayecto experimenté malos sentimientos. Sentía aversión por este hombre y su necesidad de ser siempre el centro de atención. Detestaba la manera como él me escupía cada consejo que yo le ofrecía. Me sentía molesto por todo el tiempo que le dedicaba a él cuando mi familia también me necesitaba. Estaba enojado de que tenía que ir una vez más a tratar de ayudarle a reparar su vida que estaba en pedazos. Era una guerra entre mi preocupación como pastor y el resentimiento personal.

Cuando por fin llegué, tenía lista su letanía de quejas. Cuando le respondí con verdades de la Biblia, me interrumpió de golpe diciendo: «¡Tú no vas a decirme esas mismas cosas otra vez! ¿Verdad? ¿Qué? ¿Acaso no tienes nada nuevo que decir?» ¡No podía creer lo que me decía! Yo estaba restándole tiempo a mi familia preocupándome por este hombre y él estaba mofándose. Me puse enojado y arremetí duro contra él. Le dije exactamente lo que la congregación y yo pensábamos de él. Le eché cuanta culpa pude y le di una reprimenda, exhortándole a finalmente esforzarse por hacer lo correcto para cambiar. Ore por él (!) y me fui rabiando.

Ya en el auto, mientras volvía a casa, empecé a justificar mi proceder, convencíendome de haber actuado en una forma adecuada. Cuando llegué a casa estaba convencido que había hablado como los profetas del Antiguo Testamento. Se lo conté a mi esposa asegurándole que había seguido el ejemplo de los profetas. Ella me replicó: «A mí todo esto me suena como que tú te enojaste y explotaste». De inmediato me hizo reaccionar y ver mi supuesto razonamiento como egoísmo. Me sentí lleno de remordimientos. Cuando admití mi mal proceder, Dios usó la confesión de mi pecado para que este hombre también se arrepintiera.

Dios quiere que percibamos aquello que nos está conduciendo a disculpar el pecado y así justificarlo a nuestra conciencia.

6. Hablar redentivamente significa que cada paso que damos refleje que el Espíritu Santo mora en nosotros. Gálatas 5:25 dice que el Espíritu está trabajando para producir en nosotros amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio. Vivir conforme al Espíritu significa tener el compromiso de hablar de tal forma que se vea la obra que el Espíritu está haciendo en mí y que estimule esa misma obra en otros. Hemos de mirar las situaciones difíciles de la vida como ocasiones dadas por la gracia de Dios y por su soberanía para producir este fruto maduro en nosotros. Los problemas no son obstáculos sino oportunidades para que el fruto del Espíritu Santo se desarrolle en nuestro interior.

Pedro era un hombre de nuestra congregación quien mantenía una posición de crítica hacia mi ministerio. Yo luchaba en mi interior cuando lo veía y hasta cuando pensaba en él. Peor aún, él había comenzado a reunir a un grupo de personas también descontentas. Finalmente decidí que era hora de hablar

con él. Mientras compartía el plan con mi esposa, empecé a sentir que ella reaccionaba negativamente. Le pregunté qué estaba mal. «Antes que pretendas ayudar a ese hombre, Pablo, necesitas ayudarte a ti mismo. Esto me suena como si tú odiaras a este hombre».

Ella tenía razón, yo detestaba a Pedro. Aborrecía la manera como ponía a la gente en mi contra. Odiaba sus críticas que levantaban sospechas de cada cosa que yo hacía como pastor. Detestaba que él hubiera destruido los sueños que yo tenía en el ministerio y para nuestra congregación. Odiaba la arrogancia de su rostro. Yo no quería lidiar con él, ¡yo lo quería fuera de mi vida! Lorena estaba en lo cierto. Yo no estaba en condiciones de ser un instrumento del Espíritu Santo en la vida de Pedro. Necesitaba primero enfrentarme conmigo mismo, examinar mi corazón, confesar mi pecado y estar dispuesto a hablar de modo que fuera consecuente con el fruto del Espíritu Santo. Mientras examinaba mi corazón descubrí que había ahí mucho más que necesitaba ser cambiado.

Mi problema no era solamente aversión y enojo; se trataba de pecados a fondo, los cuales habían sido motivados no por celo en el trabajo del Señor sino por mi sueño personal. Yo había soñado iniciar un ministerio en un área particularmente difícil y llegar a tener éxito como ningún otro, para ser altamente respetado por una creciente congregación y más tarde por toda la comunidad cristiana. Mi sueño era tener una iglesia numerosa, con un edificio de enormes instalaciones y que llegara a ser la iglesia de mayor influencia en la región. Y lo mejor de todo era que yo sería visto como la figura central.

Detestaba a ese hombre porque él estaba en lo cierto. No que actuara en la manera correcta al manifestar sus preocupaciones acerca de mi ministerio, pero tenía razón en cuanto a mi orgullo; me gustaba ser el centro de cada reunión. Era verdad que yo tenía la palabra final en cada asunto y me sentía frustrado cuando alguien se atravesaba en el camino de mis novedosos programas e ideas.

Este hombre que yo aborrecía fue el instrumento de rescate en las manos del Señor. Por medio de Pedro, mi egoísmo y mis arrogantes sueños fueron revelados. Comencé a sentirme agradecido por el mismo hombre al que había odiado. No que estuviera agradecido por su pecado sino por la manera como Dios lo había usado en mi vida. Empecé a escucharlo y a darme cuenta que había cosas que Dios quería enseñarme aún por medio de este áspero mensajero.

Caminar en el Espíritu no solamente quiere decir ser consecuente con lo que el Espíritu Santo está haciendo en mí, sino que significa hablar en una manera tal que motive el crecimiento del fruto del Espíritu en otros.

Francamente, antes de que mi esposa me lo dijera, yo nunca había considerado ser una herramienta que el Espíritu Santo pudiera usar para producir fruto en la vida de Pedro... de hecho, eran dos cosas las que yo deseaba: probar que él estaba equivocado, y entonces, que se fuera de la iglesia.

Cuando al fin hablé con Pedro, Dios me dio un genuino amor por él y cambié radicalmente mis planes. Ya no más deseaba «ganar». Verdaderamente quería ser usado por Dios para que se desarrollara el fruto del Espíritu en Pedro.

¡Pedro acudió a la cita listo para la batalla! Fue claro que él había preparado sus armas y afinado sus defensas. Pero no hubo una batalla. Le dije que estaba agradecido por su discernimiento y que a través de él el Espíritu Santo me había revelado las intenciones de mi corazón y entonces le pedí perdón. Él rápidamente replicó: «Pablo, yo también he estado equivocado. Te he odiado y he buscado cada oportunidad para criticarte. Yo necesito que me perdones». La noche que Pedro y yo hablamos en el lenguaje del Espíritu Santo, el Espíritu produjo un nuevo crecimiento en cada uno de nosotros. Pero todo había comenzado con mi esposa quien me animó a examinar mi corazón antes de que yo confrontara a Pedro.

7. Hablar redentivamente significa no darle lugar a las pasiones y deseos de la naturaleza pecaminosa (leer Gá. 5:24 y 16). Ponga cuidadosa atención a las palabras del versículo 24: Los que son de Cristo han crucificado la naturaleza pecaminosa, con sus pasiones y deseos. Este pasaje nos dirige a considerar un aspecto del evangelio que con frecuencia se omite. El evangelio es un mensaje glorioso de consolación, de perdón de pecados, de ser librados de la condenación, de reconciliación con Dios y de una eternidad garantizada. Pero, el evangelio es también un llamado a desprendernos de la vida que es conforme a los apetitos de la naturaleza pecaminosa de modo que podamos vivir para Cristo. Y este compromiso de una vida consagrada no puede ser vivido sin la llenura del poder de Cristo en todos los aspectos de nuestras relaciones y situaciones. No hay otro lugar donde este compromiso sea más necesario que en el área de la comunicación con aquellos que nos rodean. Si fuéramos humildes y honestos admitiríamos que mucho de lo que decimos está dirigido por las pasiones y deseos de la naturaleza de pecado y no por nuestro compromiso con la voluntad y obra de Cristo. El resultado es una cosecha de fruto nefasto que se refleja en relaciones rotas y en

un incremento de complejos problemas no resueltos. Hablar palabras surgidas de las emociones y deseos de la carne, es rechazar que somos libres en Cristo del dominio del pecado.

Hablar redentivamente significa resaltar ese poderoso autocontrol que Cristo nos ha dado; Aquel que rompió las cadenas de nuestra esclavitud de pecado y que nos dio la plenitud de su Espíritu. ¡Nuestros labios pueden ser instrumentos que reflejen que hemos sido redimidos! Podemos decir «no" a las emociones y deseos de la naturaleza pecaminosa.

8. Hablar redentivamente significa tener una perspectiva de la restauración de Cristo en la relación con nuestro prójimo (leer Gá. 6:1-2). Todos podemos ser «presa» del enojo, orgullo, conmiseración, envidia, venganza, autojustificación, amargura, lujuria, egoísmo, miedo e incredulidad. Y hasta es probable que no sepamos si hemos sido atrapados por el pecado o no sepamos cómo librarnos. Es por esa razón que nos necesitamos unos a otros. Nos mantenemos en el camino del Espíritu cuando nos colocamos como uno que Dios usa para restaurar a otros. Hablar redentivamente significa abrirle paso a esa restauración para que afecte directamente nuestra relación con los demás. Todos estamos tentados a creer que la manera como nos relacionamos uno con el otro es algo que nos pertenece a nosotros. Pero San Pablo en esta Escritura nos está llamando a algo radicalmente diferente.

Esta nueva perspectiva tiene sus raíces en el reconocimiento fundamental de que las relaciones con el prójimo no nos pertenecen a nosotros sino a Dios. Cuando comenzamos a tener este enfoque en la relación con nuestros semejantes, entonces empezamos a percibir una gran necesidad de restauración a nuestro alrededor. Por ejemplo, cuando las parejas tienen desavenencias por el mismo problema una y otra vez, necesitan hacer más que maldecir el hecho de que su matrimonio no funcione y que el otro es un mentecato. Ambos necesitan descubrir dónde han sido «presas de un pecado» y responder no con exigencias sino en una manera que restaure su relación de modo que sea conformada a la imagen de Jesucristo.

9. Hablar redentivamente significa hacerlo con humildad y mansedumbre (leer Gá. 6:1 otra vez). La mansedumbre debería ser nuestra reacción ante una hermana o hermano en Cristo enredado en el pecado. Deberíamos responder con la misma gracia que recibimos de Dios. Nuestra comunicación debe fluir de tal forma que atraigamos a la gente a la esperanza que hay en Cristo.

Somos libres para proceder con mansedumbre porque sabemos que no es lo enérgico de nuestra voz, el poder de nuestras palabras, el drama del momento, la riqueza de nuestro vocabulario, la amenaza de nuestras lágrimas o la expresividad de nuestros gestos lo que causa la transformación dentro de la gente. La mansedumbre fluye del hecho que sabemos de dónde proviene nuestro poder.

Dios puede usar palabras apacibles para producir una poderosa convicción en un corazón. Sí, nuestra intención debe ser pensar y hablar en una forma correcta, pero no porque confiemos en nuestro léxico para producir tal cambio en la gente, sino porque queremos ser instrumentos útiles en las manos de Uno que puede ofrecer esa transformación, y no porque confiemos en nuestra destreza para que éste se produzca.

La expresión de mansedumbre no proviene de una persona que está enojada o llena de venganza. Aflora de alguien que está hablando no porque pretenda algo del otro sino porque desea un bien precisamente para su interlocutor. Nos dirigimos a alguien no porque su pecado nos haya afectado sino porque el pecado lo tiene embaucado a él o ella. No estamos en una misión de confrontación egoísta sino en un rescate amoroso.

10. Hablar redentivamente significa vivir centrado en nuestro prójimo y enfocado en la comunicación con nuestros semejantes (leer Gá 6:2). Con estas palabras *ayúdense unos a otros a llevar sus cargas*, Pablo mira más allá del bienestar, éxito y comodidad de uno mismo, sino de velar por las luchas de nuestro prójimo, llevando su carga y compartiendo sus desalientos.

Cuando vemos a alguien luchando con sus flaquezas, le animamos con la fortaleza que hay en Cristo. Cuando alguien está equivocado, le hablamos con sabiduría y verdad. Si alguien está temeroso le compartimos del Dios que está siempre presente para ayudarnos en nuestros problemas. Cuando alguien sufre buscamos cómo darle palabras de ánimo. Si alguien está desalentado, levantamos su ánimo con palabras de esperanza. Si se siente solo, le damos un saludo que exprese nuestro amor y manifieste la presencia de Cristo. Cuando alguien está enojado, le hablamos de un Dios de rectitud y quien da el pago justo. Y si uno está metido en un conflicto le invitamos a ser pacificador y reconciliador.

Hablar con un enfoque redentor significa escoger nuestras palabras cuidadosamente. No queremos ser persuadidos por las pasiones y los deseos de la naturaleza pecaminosa ni provocar que otro peque a causa de nuestra presunción y envidia. No buscamos mordernos y devorarnos unos a otros con lo que sale de nuestros

labios. Más aún, estamos comprometidos a servirnos los unos a los otros en amor, por medio de nuestras palabras. Anhelamos hablar aquello que es coherente con el fruto del Espíritu y que eso provoque el crecimiento de este fruto en otros. Y finalmente, deseamos expresarnos con mansedumbre, como instrumentos humildes de restauración, «soportadores de cargas», quienes están comprometidos a vivir conforme a la regla de amor de Jesucristo.

¡Qué avivamiento radical, reconciliación y restauración surgiría en nuestras congregaciones, hogares y entre amigos, si abrazáramos este llamado en cada relación con nuestro prójimo y en cada situación! ¡Qué relación tan diferente podrían haber tenido Belinda y Samuel si ellos hubieran respondido al llamado de Dios de hablar el uno al otro con palabras de redención! ¡Cuán importante es elegir con precisión las palabras que pronunciamos!

Guía para la Comunicación

Por Tim Keller

Prov. 18:21; 25:11; Job 19:2; Stg. 3:8-10; 1Ped. 3:10; Ef. 4:25-32

Piensa de estos consejos y estudia los pasajes bíblicos que los apoyan. Se puede esforzarse para poner en práctica uno cada semana, o uno por mes. ¡Establecer nuevos hábitos de buenos frutos lleva tiempo!

1. Esté dispuesto ser buen *escuchador* y no contestes hasta que la otra persona termine de hablar (Prov. 18:13; Stg. 1:19).
2. Sé *tardo para hablar*. Piensa primero. No tengas prisa con tus palabras. Habla en tal manera no tan solamente para que puedas ser entendido pero tan claramente que *no puedes ser malentendido* (Prov. 15:23, 28; 29:20; Stg. 1:19).
3. *¡No se acuesten enojados!* Cada día arregla las ofensas de ese día. Habla la verdad pero hazlo en amor. No exageres (Ef. 4:15, 25; Col. 3:8; Mat. 6:34).
4. *No uses silencio para frustrar a la otra persona*. Explícale porque eres renuente hablarle en este momento (Prov. 10:19; 15:28; 16:21, 23; 18:2; 20:15; Col. 4:6).
5. *No te involucres en rencillas*. Es posible no estar de acuerdo sin estar en rencillas (Prov. 17:14; 20:3; Rom. 13:13; Ef. 4:31; 2Tim. 2:23-24).
6. *No respondes en enojo no controlado*. Que sea tu respuesta y tu tono de voz suave y considerado (Prov. 14:29; 15:1; 25:15; 29:11).
7. *Cuando estás equivocado o has pecado, admítelo, pide perdón* y pregúntale como puedes cambiar (Prov. 12:15; 16:2; 20; 6; 21:2; Mat. 5:23-25; Luc. 17:3; Stg. 5:16).
8. *Cuando alguien te confiese, dile que le perdonas*. Asegura que sea perdonado -- y no repetido a la persona, a otros, ni a ti mismo (Prov. 17:9; Ef. 4:32; Col. 3:13; 1Ped. 1:8).
9. *Evitar darle lata* (Prov. 10:19; 16:21, 23; 17:9; 18:6, 7; 21:19; 27:15).
10. *No eches la culpa a la otra persona ni la critiques*. En lugar, restáurala...ánimala...edifícala (Rom. 14:13; Gál. 6:1; 1Tes. 5:11).
11. *Si alguien te ataca verbalmente, te critica, o te echa la culpa, no le respondes en igual manera* (Rom. 12:17, 21; 1Ped. 2; 23; 3:9).
12. *Intenta entender la opinión de la otra persona*. Deja lugar para las diferencias individuales.
13. *Que te importen los intereses de la otra persona* (Ef. 4:2; Fil. 2:4; 3:15, 16).

El divorcio: una perspectiva bíblica por Randall M. Wittig

Nuestro problema para manejar el tema del divorcio es que nuestra cultura ha influido en todos nosotros. Por lo tanto, nuestra comprensión de la verdad bíblica sobre el tema es vital porque afecta la forma en que ministramos, o dejamos de hacerlo, a otras personas.

No podemos ser cristianos, aunque nos gustaría—, dijo el carpintero a quien le estaba testificando.

—¿Por qué?—, le pregunté.

—Mi mujer y yo fuimos a una iglesia evangélica para serlo, pero nos dijeron que no podríamos ser salvos debido a que, según ellos, estábamos viviendo en pecado.

—¿Como es eso?—, volví a preguntar. Él siguió explicándome:

—Cuando tenía 19 años me casé con una vecina, pero nos fue muy mal. Siempre nos peleábamos, hasta que al fin nos separamos. Al pasar los años conocí a Estela y me junté con ella. Realmente somos muy felices; ahora tenemos un hijo. Decidimos leer juntos la Biblia y fue muy importante para nosotros. Después de haber leído mucho decidimos buscar una iglesia para aprender más. Cuando llegamos a esa iglesia que le contaba nos dijeron que estábamos viviendo en adulterio, que sólo podríamos ser salvos si nos separábamos.

Nos sobrevino una gran tristeza, porque habíamos comenzado a amar a ese Dios del cual habíamos leído en la Biblia, pero sentíamos que no podríamos ser salvos por lo que nos dijeron. Para ser salvos tendríamos que separarnos. ¿Y nuestro hijo? ¿Y nosotros? ¿No había ninguna provisión para aquellos que se habían equivocado en su juventud? Volví a mi casa pensando: ¿Cuál es la solución para este problema? Me había criado en un buen hogar evangélico, conocía suficientes argumentos, pero nunca me había encontrado con un caso semejante, que alguien sintiera tanto dolor por no poder ser del Señor.

Decidí volver a estudiar las Escrituras. Utilizando una concordancia; comencé por el primer texto que hablaba del matrimonio o el divorcio y fui estudiando todos ellos con cuidado. Descubrí que el concepto de divorcio está en la Biblia. Mi problema había sido que nunca había estudiado con cuidado ciertos pasajes que dan gran luz sobre el tema.

Tampoco había estudiado el significado de ciertas palabras en el uso original, sino que les había dado el sentido moderno, que es diferente. Como resultado había aceptado ciertas premisas que no son fáciles de sostener cuando estudiamos toda la Biblia. A medida que iba estudiando, entendí también que parte de nuestro problema es que la cultura que nos rodea ha influido en todos nosotros. Al vivir en una cultura católica, nos ocurre lo mismo que a Martín Lutero: mantenemos ciertos conceptos del catolicismo. Muchos hemos mantenido el concepto católico sobre el divorcio. ¿Pero qué es lo que realmente enseña la Biblia?

Para entender claramente el concepto de divorcio, primero debe entenderse el concepto del matrimonio según las Escrituras. En esencia, lo que debemos enfatizar como cristianos es que el matrimonio es mucho más que tener relaciones sexuales con alguien: Es un pacto con Dios y con la otra persona (Mal. 2.14; Pr. 2.17). El matrimonio es una institución fundamental y esencial en la sociedad y debe conformarse al modelo de Cristo y su iglesia. Es un pacto de responsabilidad, y es aborrecible romperlo por razones incorrectas.

En consecuencia, puede decirse, brevemente, que el divorcio:

Nunca es deseable. En ciertas ocasiones puede ser necesario, a causa del pecado; pero en otras ocasiones constituye un pecado en sí (Jr. 3; Esd. 10; Mal 2; Mt. 19).

Entre cristianos nunca es inevitable. Por la gracia de Dios dos personas pueden cambiar y resolver sus problemas (no importa cuál haya sido su pasado o personalidad) si la pareja está dispuesta a buscar al Señor y la ayuda necesaria.

Entre cristianos está permitido bajo ciertas condiciones y formas de proceder, pero Dios nunca lo ordena ni exige (1 Co. 7.10-16; Mt. 19.1-12).

Nuestra comprensión de la verdad sobre el matrimonio y el divorcio es vital porque afecta la forma en que ministramos, o dejamos de hacerlo, a otras personas. Hace poco, después de estudiar el tema con un grupo de pastores, uno de ellos me dijo: "No conocía estos pasajes de la Biblia sobre el tema ¡Cuánto daño he hecho por aconsejar mal!"

Nos guste o no, vivimos en un mundo lleno de personas separadas, divorciadas y juntas. En Costa Rica, el divorcio está ganando terreno (La Nación, 16 de Marzo del 2000):

En 1999, de cada cuatro matrimonios que se presentaron al Registro Civil una pareja decidió deshacer su vida conyugal. En sólo seis años, se duplicó el número de divorcios registrados, pues pasaron de 3.385 en 1994 a 6.949 el año pasado. Esa tendencia creciente también se palpa en los juzgados.

Entre 1991 y 1998, los casos de divorcio tramitados en los tribunales aumentaron de 4.599 a 9.181.

Mientras tanto, el número de matrimonios que se registra cada año pareciera estancarse. Entre 1995 y 1999, la cifra rondó las 23.500 bodas anuales .

La que gana es la unión de hecho, pues cada vez más costarricenses optan por ella, según se deduce de los datos suministrados por el Instituto Nacional de Estadística y Censos. La Encuesta de hogares del año pasado reveló que en 123.957 hogares costarricenses, los jefes de la familia viven en unión libre. Esto representa un 17,37 por ciento del total de familias costarricenses, un porcentaje mayor al 15,09 por ciento que detectó la encuesta de 1998.

Si deseamos ganar adultos para el Señor, nos vamos a encontrar, constantemente, con casos de personas separadas, divorciadas y/o juntas. ¿Cuál será nuestra respuesta? ¿Es el divorcio un pecado imperdonable? Si una persona está junta: ¿Debe separarse para ser salva? ¿puede bautizarse una persona que está junta o separada? Si un cristiano o una cristiana ha sido abandonado o abandonada por su cónyuge, ¿Puede volver a casarse? ¿En qué situaciones? Si alguien se ha divorciado y vuelto a casar por razones equivocadas: ¿Qué debe hacer?

Para responder a esas preguntas debemos estudiar la Biblia con sumo cuidado, y así entender cuál es el consejo de Dios. Algunas personas responderán esas preguntas con ligereza, recurriendo a sus propios preconceptos, pero ¿qué es lo que Dios desea en cada uno de estos casos? La forma y el cuidado con que interpretemos la Biblia determinará, en gran manera, nuestras respuestas.

Primero: Para interpretar correctamente lo que enseñan las Escrituras sobre un tema, es vital que estudiemos todos los pasajes relacionados con la cuestión. Es necesario hacerlo con honestidad, sin preconceptos. Muchos cristianos sólo estudian los versículos que sostienen sus posiciones preconcebidas y cambian el sentido básico para transmitir lo que ellos quieren. Tenemos que buscar el significado de las palabras y expresiones en la época en que se escribió el texto.

Segundo: Debe entenderse con claridad el siguiente concepto: En las Escrituras se encuentra lo que podríamos llamar el ideal, lo perfecto, lo que realmente agrada a Dios y lo que es su plan eterno. Él nunca puede decir que algo es bueno si no es perfecto. Nunca puede recomendar algo que esté fuera de su voluntad perfecta. Jesús les enseñó a sus discípulos que debían ser perfectos, así como Dios es perfecto. Nunca pudo decir que estaba bien que fueran un poquito imperfectos. Así también es con el matrimonio: Dios nunca puede decir que es aceptable que el matrimonio no sea una unidad perfecta, que le está permitido al hombre no amar perfectamente a su esposa hasta la muerte. Pero también se encuentra la realidad del pecado, lo que vemos a causa de la caída del hombre. Dios nunca aprueba el pecado. Tampoco cambia sus demandas perfectas a causa de la realidad del pecado. Dios denuncia el pecado y exige que sea considerado un "mal", que no sea suavizado, fácil.

Pero, teniendo en cuenta esa realidad pecaminosa, Dios provee soluciones. No se quedó en el cielo diciendo que, debido a que el hombre había pecado y salido del ideal, no había ningún remedio. Las soluciones de Dios tienen el propósito de resolver el pecado, la realidad. No es que sean en sí mismas lo ideal (y nunca lo van a ser), sino que son remiendos para el problema del pecado. Es similar a lo que ocurre cuando se rompe una obra de arte en cerámica: Podemos denunciar todo lo que deseáramos, aquello que nunca debería haberse roto, pero la realidad es que se rompió. La solución de pegarla con cemento especial resuelve el problema. Esto no significa que lo bueno e ideal fuera pegar la obra de arte con cemento, aunque mejor es eso que dejarla rota.

Muchas veces, estas soluciones todavía quebrantan la ley perfecta de Dios, pero son las soluciones que Él mismo proveyó para el pecado. Por ejemplo, según la ley, cuando una persona mataba a otra en forma deliberada, las autoridades tenían la responsabilidad de asegurar que se matara al asesino. Aun en el Nuevo Testamento, en Romanos 13, dice que el gobierno no lleva en vano "la espada" para castigar a los que hacen mal (la espada simboliza la pena de muerte). Nunca fue lo ideal, la voluntad perfecta de Dios, que un hombre matara a otro, pero, debido a la realidad del pecado, fue necesario legislar para ordenar la situación. Hay cientos de casos en los que vemos a Dios proveyendo, y aun bendiciendo, una solución para el pecado.

Pensemos, por ejemplo, en el deseo del pueblo de tener un rey (1 Sam. 8). No era la voluntad perfecta de Dios, pero les dio un rey que Él mismo escogió. Antes de que ellos lo pidieran, Él había dado instrucciones para el futuro rey (Dt. 17.14-20), con promesas de bendición. Y no sólo eso, sino que Jesús vino a través del linaje real de David. Pero no termina allí. Jesús era descendiente de David a través de Betsabé, una relación que había comenzado en una forma completamente pecaminosa pero que Dios bendijo cuando hubo arrepentimiento verdadero. Jesús también era descendiente de Judá ("El León de Judá") a través de Tamar (Fares), y todos conocemos esa historia de Génesis 38. En la misma forma, nuestra propia redención tiene su base en algo que nunca fue lo ideal ni lo perfecto: Que Jesús, el Hijo de Dios, muriera por nuestra culpa. Pero Dios, en su amor, buscó una solución para nuestro problema. Observe que todo lo anteriormente enunciado son "soluciones" (plural).

Entonces nosotros, como ministros de Dios, necesitamos estudiar las Escrituras a la luz de estos tres conceptos: 1) Lo ideal y perfecto, 2) La realidad pecaminosa y 3) Las soluciones de Dios.

Nunca debemos aceptar como perfecto lo que no responda al ideal de Dios. Tenemos que enseñar en forma clara lo que Dios requiere para la humanidad. Pero también necesitamos recordar que Dios, aunque odia el pecado, ha provisto soluciones para remediarlo. Debemos odiar el pecado en todas sus formas, pero también debemos ayudar a las personas en sus realidades, en vez de quedarnos en la condenación. No soy ministro fiel si no presento su condenación al mal, acompañada de sus soluciones para ese mal. Lamentablemente, muchos se han quedado en las condenaciones, actuando igual que los fariseos contra la mujer (Jn. 8), sin proveer la gracia y misericordia de Jesús, que es parte de su misma naturaleza.

En las grandes soluciones provistas por Dios hay una verdad que sobresale y es que su gracia y misericordia prevalecen sobre la ley. No es que anulen la ley, sino que la superan. La gloria de la redención en Cristo es que somos perdonados y perdonadas en forma plena, completa y para siempre. Ese perdón implica dos elementos fundamentales: que no tenemos más culpa y que la pena (el castigo) ha sido quitada completa y eternamente en Cristo. ¡Qué notable! ¡Predicamos esta verdad en todas las áreas, excepto el divorcio! Nunca encontramos que fracasar en el matrimonio sea el pecado imperdonable. Pero si Dios no da razones para que el cristiano divorciado sienta culpa, lo más probable es que la iglesia sí se las dé. En la mayoría de los casos, cuando Dios no exige una pena (castigo), la iglesia la impone. Alguien puede haber sido asesino, ladrón, drogadicto, violador; mientras más grandes hayan sido sus pecados, más lo pondremos sobre la plataforma para dar testimonio del perdón y la gracia de Dios. Pero si fracasó en su matrimonio es diferente: lo rechazamos. ¿Cuál es nuestra base para hacer tal distinción de pecados? Y peor todavía, aun la propia víctima del divorcio será tratada como culpable del pecado imperdonable. Necesitamos volver a considerar las implicaciones de la obra perfecta y completa del Señor en el área del divorcio, y predicarlas.

También es necesario que descubramos las soluciones que Dios ha provisto para los diferentes casos, pecados y problemas relacionados al matrimonio, así como también sus soluciones y condiciones. Porque no todos los pecados son iguales, ni tampoco son iguales todas las causas por las cuales se produce un divorcio. Vemos en la misma Biblia diferentes formas de tratar el divorcio según las causas, dependiendo de si eran justas o injustas (Esd. 10; Jr. 3; Dt. 22; Mt. 1.19). Agrupar a todas las situaciones y personas en un mismo casillero puede llevar a conclusiones tan ridículas como el decir que un pueblo es ateo porque una persona del pueblo lo es. Nos gusta encasillar a todas las personas y cosas en uno o dos casilleros, a causa de nuestra pereza, simpleza o prejuicios. Pero la vida es mucho más complicada que eso. Y el verdadero siervo de Dios tiene que aprender a ver las variaciones multifacéticas que se presentan entre las diferentes personas y problemas, así como también los principios y la gracia que ofrece Dios para resolverlos.

Miremos los textos bíblicos más significativos que hablan sobre el divorcio.

ANTIGUO TESTAMENTO

El divorcio según Moisés

Sin duda el pasaje más importante sobre divorcio en el Antiguo Testamento es Deuteronomio 24.14. Este es el texto al que se refieren los fariseos cuando le preguntan a Jesús sobre el divorcio (Mateo 19). Observaciones del texto:

1. No prohíbe el divorcio ni lo castiga aun cuando la causa pueda ser algún pecado, sino que lo reconoce y lo reglamenta: Habla de cómo debe ser realizado. Esto es interesante, porque en este texto no se señala al divorcio como pecado ni se le condena bajo la estricta ley de Moisés. El que se divorcia de su esposa no tiene que llevar un sacrificio al tabernáculo para estar bien con Dios.

2. Da la causal para el divorcio: "por haber hallado en ella alguna cosa indecente...". Es importante notar que eso no se refiere al adulterio ni a que haya tenido relaciones prematrimoniales, porque la ley penaba estos pecados con la muerte (Dt. 22). Se ha debatido mucho sobre qué es lo que incluye esta expresión, sin llegar a un acuerdo. Dado que en el Nuevo Testamento se especifican las condiciones para el divorcio legítimo, no vamos a entrar en una discusión inútil.

3. El texto indica los pasos necesarios para el divorcio:

a. Escribir una carta de divorcio. La antigua literatura judaica nos ha dejado ejemplos de estas cartas. Su función era que la mujer tuviera un documento que dijera que ella era libre y podía casarse con otro sin peligro de ser acusada de adulterio. Otra función de la carta, era ayudar al hombre a tomarse tiempo para pensar y ver la seriedad de su acto. El hecho de tener que sentarse a escribir una carta que le otorgara permiso a su esposa para casarse con otro y que le impidiera a él reclamarla ni tomarla de vuelta, seguramente frenaba muchos de los arranques de ira momentánea.

b. "La entregará en su mano". El hombre tenía que entregársela personalmente en la mano. Seguramente esto también lo haría pensar y reflexionar.

c. "La despedirá de su casa". Aquí no había una opinión intermedia, la decisión era radical y conclusiva. En las Escrituras no encontramos (con la posible excepción de I Co. 7.10-11, entre cristianos) el concepto de la separación como se lo conoce hoy en día en algunos países, un estado intermedio en que una persona ya no está más casada, pero tampoco está divorciada, en total libertad.

d. "Y salida de su casa, podrá ir y casarse con otro hombre". Enseña explícitamente que puede ir y volverse a casar. Observe que no desalienta la iniciativa de volverse a casar y tampoco considera que es pecado.

e. Pero una vez que se ha casado con otro, tiene totalmente prohibido volver al primer esposo, aun después de la muerte de su segundo marido. Y con la advertencia fuerte de que «es abominación delante de Jehová, y no has de pervertir la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad». ¡Qué notable es esta prohibición!, que está repetida también en Jeremías 3.1, 8, y muestra una fuerte oposición a la posibilidad de "rehacer" el primer matrimonio. Esto nos debe llevar a pensar un poco en qué es lo que enseñamos y practicamos en el presente. ¿Hacemos bien al enseñar que deben volver al primer matrimonio?

En resumen, se puede decir que este pasaje de la ley de Moisés no prohíbe el divorcio, sino que lo reglamenta, incluyendo en forma explícita la autorización de que la mujer se vuelva a casar. También incluye la prohibición absoluta de que vuelva a retomar el primer matrimonio, una vez unida a otro hombre.

Los 113 divorcios requeridos por Dios (Esd. 10)

En este pasaje encontramos un caso muy interesante, en el cual Dios les exige a ciertos hombres que se divorcien de sus esposas paganas. Dios ordena la disolución (divorcio) de esos matrimonios, mostrando que hay valores espirituales y eternos que trascienden la supuesta indisolubilidad del matrimonio. En el Antiguo Testamento, al menos, hay divorcios ordenados por Dios, presentados como una parte de su plan. No es que el divorcio fuera una cosa buena sino que era una respuesta a un mal que, a los ojos de Dios, era peor. Dios no odió el divorcio en esta ocasión, sino que odió lo que lo había hecho necesario. Este pasaje es muy interesante a la luz de las enseñanzas de 1 Corintios 7.12-16.

El odio al divorcio

El contexto de este pasaje es muy importante para entender correctamente lo que enseña. En muchas oportunidades, este pasaje ha sido sacado de contexto y utilizado para generalizar, dando lugar a aplicaciones incorrectas de la Palabra.

1. En el versículo 11, encontramos el problema real: El pueblo de Judá "se ha casado con la hija de un Dios extraño". Y para cometer este gran mal habían hecho otro, se habían divorciado de sus esposas, hijas de Su pueblo. En este contexto, Dios dice que odia el divorcio de ellos. Es importante tener en cuenta este contexto para entender lo que realmente está enseñando el pasaje.

2. En el versículo 15 encontramos una de las causas por las que Dios estaba tan molesto con estos hombres: "Porque buscaba una descendencia para Dios". Al haberse divorciado y luego casado con mujeres que creían en dioses extraños, esos hombres nunca iban a poder cumplir con uno de los propósitos de Dios para la familia israelita: Crear descendencia para Dios. El problema principal no era tanto que se hubieran divorciado, sino que lo habían hecho para casarse con mujeres paganas y así habían imposibilitado la tarea importante de

criar hijos para Él. El próximo versículo, donde figura la expresión tan citada, confirma el concepto que acabamos de desarrollar.

3. El versículo 16 dice: "Porque Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio (divorcio), y al que cubre de iniquidad su vestido, dijo Jehová de los ejércitos. Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales".

No hay que separar las dos partes de este versículo; "aborrece el repudio y al que cubre de iniquidad su vestido". Dios odiaba estos divorcios de hombres que se habían divorciado de sus esposas para cubrir su vestido de la gran iniquidad de casarse con personas completamente prohibidas. El casarse con estas mujeres era una abominación a Jehová. Estaban usando mal la provisión de la ley, dada por Dios para que pudieran divorciarse si encontraban algo indecente en sus esposas. Ellos se divorciaron, no por un problema en sus esposas sino para casarse con mujeres paganas. Dios odiaba este abuso y degeneración. Si entendemos esto, evitaremos la contradicción con otras partes de las Escrituras, donde Dios mismo ordena el divorcio (Esd. 10) o habla de que Él se va a divorciar de Israel (Jr. 3). Dios odia todas las causas que hacen que el divorcio sea necesario, y odia algunos divorcios, pero no todos.

NUEVO TESTAMENTO

Las enseñanzas de Jesús sobre el divorcio (Mateo 19)

Ha llegado la hora de mirar lo que Jesús enseñó sobre el divorcio. El pasaje más extenso sobre el tema es Mateo 19. Ha habido gran discusión sobre este pasaje por parte de aquellos que por algún motivo no desean aceptar la enseñanza que está desarrollada claramente aquí. Los argumentos tales como, por ejemplo, "Las palabras no son de Jesús sino de Mateo", y otros similares, han sido rebatidos por muchos eruditos evangélicos, que han demostrado sus errores y engaños. Este artículo asume directamente que este pasaje es parte de la Palabra de Dios inspirada y que debe ser tomado con toda seriedad, como palabra de autoridad. Es fundamental observar el contexto del pasaje. Según el versículo 3, los fariseos habían acudido a Jesús para tentarle. La intención de ellos no era el deseo honesto de saber todas las verdades sobre el matrimonio y el divorcio sino hacerlo tropezar. En situaciones similares, o en otros pasajes, generalmente no encontramos que Jesús responda a los ataques impartiendo enseñanzas completas ni extensas sino compartiendo lo indispensable para encarar la situación. Aquí encontramos lo mismo. Entonces no debemos pretender que Jesús desarrolle todos los puntos básicos del matrimonio y el divorcio sino sólo aquellos conceptos fundamentales que están en juego en la trampa que le están tendiendo. No debemos olvidar esto cuando estudiamos el pasaje.

Algunos consideran que es lamentable que Jesús no haya dado una explicación completa sobre el matrimonio y el divorcio, ni aquí ni en ninguna otra parte. La pregunta es: ¿Por qué? Tal vez haya dos razones posibles: Primero, que Jesús asumiera que la enseñanza del Antiguo Testamento estaba clara, completa y no necesitaba ser "retocada"; segundo, que prefiriera que los apóstoles desarrollaran las doctrinas que hicieran falta sobre el tema en las epístolas. Cualquiera sea la explicación correcta, lo que sí tenemos que creer es que en las Escrituras se encuentra todo lo que necesitamos para vivir y servir como Dios desea, si las estudiamos con cuidado, en su totalidad (2 Ti. 3.1-17).

Observemos entonces la pregunta que le hacen a Jesús: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? No vamos a entrar en las grandes discusiones sobre las dos escuelas de interpretación que están en juego detrás de la pregunta. En esencia, lo que le están preguntando es si una persona podría repudiar a su esposa por "cualquier cosa". El sentido del griego es "por cualquier y toda causa", o "por toda causa, no importa cuál sea". Es a esta pregunta a la cual Jesús dirige su respuesta.

Primero, vuelve al principio, al propósito de Dios, a lo ideal. El propósito es que vivan como una sola carne. Es importante entender que el concepto de una sola carne, en Génesis, es diferente del concepto que tienen muchos hoy. En el hebreo, en Génesis 2.24, la palabra "una" es la misma palabra usada en el famoso pasaje de Deuteronomio 6.4. "Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es". La palabra habla de unidad completa, partes individuales que funcionan como una unidad perfecta. Volviendo a Génesis 2.24, se indica que, la pareja fue hecha para formar una persona constituida de dos partes. La esencia es la unidad de propósito, y funciona en dos partes: El hombre y la mujer. Este fue el diseño de Dios para el matrimonio. ¡Qué triste es cuando no funciona así!

Entonces, en el versículo 6, Jesús da su enseñanza básica: Que el hombre no se debe "separar" (recordemos que el término griego *chorizo* significa separar por divorcio total -vincular- lo que Dios ha unido). Creo que aquí se expresa la voluntad perfecta de Dios, a la cual todos nosotros tenemos que apuntar y enseñar.

A continuación, ellos le preguntan por qué lo mandó Moisés. Jesús les explica que el motivo de esta provisión era que "Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así". Obviamente, divorciarse no es ninguna virtud, ni algo bueno. En otras palabras, la realidad del pecado hizo que Moisés lo permitiera. No es lo ideal, ni lo que Dios desea, pero está permitido por causa de la dureza del corazón. Debemos notar que Moisés no lo mandó, sino que lo permitió.

Pero Jesús no termina con sólo decir que Moisés lo permitió, sino que vuelve al otro tema en el versículo 9: ¿Cuándo puede uno divorciarse y volver a casarse sin pecar? "Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera".

Hay que entender claramente que en el tiempo de Jesús todos aceptaban que un divorcio válido implicaba, automática-mente, la libertad de volver a casarse. Aun las palabras usadas en griego lo muestran. La palabra traducida como divorciar o repudiar es *apoloio*, que significa "dar libertad". Esta palabra era usada cuando una persona era dejada libre del servicio militar y podía volver a su vida normal, o para el que quedaba libre de un contrato y ya no tenía más responsabilidad. Era la palabra usada comúnmente en el Imperio Romano para el divorcio, indicando que el contrato o compromiso había concluido, dejando a los dos en libertad total. "Aun encontramos el divorcio en la iglesia de los primeros 300 años. Algunos autores católicos pretenden explicar la permisión al divorcio testificada por algunos documentos, interpretándola como simple 'separación de lecho, mesa y techo'. Y esto ocurre porque ignoran que, en la realidad, ninguna ley de los tiempos antiguos reconocía tal separación. Ni la ley judía ni la romana veían en la culminación de la unión matrimonial otra cosa sino el divorcio total. No existiendo la separación como institución legal, no es posible que las autoridades eclesiásticas la recomendasen. Debemos concluir, por lo tanto, que los Padres de la Iglesia no se referían a esta separación; cuando permitieron el divorcio, entendieron disolución total del vínculo con permisión de segundas nupcias." (Divorcio y nuevo matrimonio, Víctor J. Pospishil, p.40. Un libro interesante escrito por un erudito católico, quien documenta el cambio de posición de la iglesia católica desde los primeros siglos hasta ahora.)

Lo que se discutía era cuáles eran las bases válidas para divorciarse. Jesús, entonces, da su posición sobre este concepto: Una posición muy estricta para su época. Por eso es que los discípulos reaccionaron en la forma que lo hicieron en el versículo 10. Si no hubiera sido una posición tan estricta en comparación con el parecer popular nunca hubieran reaccionado así. Lamentablemente, hoy en día hay muchos que, por cambiar el sentido de las palabras de Jesús, las hacen todavía más duras de lo que él dijo.

Jesús dice que el que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera. Primero, hay que definir lo que significa la palabra "fornicación". La palabra griega, es *porneis*, que significa "prostitución, incontinenia, fornicación; práctica de toda clase de relaciones sexuales prohibidas" (Walter Bauer). La palabra tiene un uso muy amplio e implica toda clase de irregularidades sexuales, como la homosexualidad, el incesto, la infidelidad y el adulterio. Los grupos evangélicos que desean restringir el significado a las relaciones sexuales prematrimoniales o de incesto no están usando la palabra como se la entendía y usaba en la Biblia. Es importante comprender la amplitud de esta palabra, porque en la realidad de la vida encontramos personas casadas que practican estos pecados, aunque esta realidad no nos guste.

En otras palabras, todos estos pecados dan la libertad de repudiar y volver a casarse sin entrar en el pecado de adulterio. La razón es que el pecado sexual quebranta la relación en una forma que puede llegar a ser imposible de reparar. "El Antiguo Testamento condena el adulterio con pena de muerte (Lv. 20.10). El Nuevo Testamento dice que un adulterio ha de ser considerado como la muerte de una persona, y el compañero inocente queda libre de sus votos matrimoniales, como si su compañero se hubiera muerto" Jorge Ladd. (El Evangelio del Reino, Editorial Caribe, p. 87).

Segundo, está implícito en el texto, cuando dice "salvo por causa de fornicación" (*me epi porneis o parektos logou poneias* en Mateo 5), que en el caso en que ha habido *porneis* no resulta adulterio divorciarse y volver a casarse. Es adulterio divorciarse y casarse de nuevo con otra persona cuando no ha habido "fornicación" por parte del otro cónyuge. Pero cuando la ha habido, siendo que la persona tenía una razón

válida para divorciarse y volver a casarse, no es adulterio. ¿Por qué? Porque en el divorcio válido una persona está libre de su compromiso o contrato con la otra persona.

Tercero, Jesús dice que todo repudio y nuevo casamiento que no tiene porneis como su justificación, lleva a uno al pecado de adulterio.

Muchos dicen que la enseñanza de Jesús está dirigida a los que están en el Reino de Dios o que se consideran parte de él, en otras palabras, cuando los dos son participantes del pueblo de Dios. Es importante considerar esta cuestión a la luz de 1 Corintios 7.12-16, donde se da otra base para el divorcio, para casos donde los dos no son parte del pueblo de Dios.

Mateo 5.31, 32

En este pasaje, parte del Sermón del Monte, encontramos exactamente la misma enseñanza que en Mateo 19, salvo que se halla una frase oscura a la que quisiera referirme rápidamente:

"El que repudie a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adúltere" ¿Qué significa esta declaración? Encarándola, esta traducción no tiene sentido. ¿Cómo puede un hombre hacer que una mujer inocente cometa adulterio divorciándose de ella? Seguramente eso está solamente en las manos de ella. Es como decir que un hombre es llevado a robar porque le roban sus cosas.

Guillermo Hendriksen ofrece una explicación satisfactoria. Jesús está hablando aquí del pecado del hombre, no de la mujer inocente. Ella no ha hecho mal. Es él quien ha pecado y cometido adulterio por medio de su recasamiento.

La clave del problema parece encontrarse en el hecho de que el verbo está en forma pasiva (en griego), indicando algo sufrido, no algo cometido. Una autoridad tan eminente como Thayer afirma que no hay razón por la que deba ser traducido en forma activa aquí.

En vista de esto, Hendriksen hace esta traducción: "Pero yo les digo, que cualquiera que se divorcia de su mujer, salvo por causa de fornicación, hace que ella sufra el adulterio", (no que lo cometa) y el que se case con la divorciada, se hace culpable de adulterio. Ella sufre lo malo. El hace lo malo." (Verdadero Discipulado, de Osvaldo Sanders).

Lucas 16.18 y Marcos 10

Aquí encontramos a Jesús dando la enseñanza del ideal de Dios sin hablar de la excepción. Algunos quieren entonces invalidar la enseñanza clara de Mateo 5 y 19, diciendo que no está incluida en los otros pasajes. Pero hay dos puntos importantes para contemplar en este sentido:

1. Tenemos que estudiar toda la Escritura para encontrar todo el consejo de Dios. Es lo mismo que pasa con la oración: Algunos pasajes dicen "Pedid y recibiréis", sin hablar de ninguna condición. Pero todos nosotros sabemos (o debemos saber) que tenemos que entender esos pasajes en base a los otros que sí ponen condiciones como, por ejemplo, que nuestra petición sea según la voluntad de Dios.

2. Muchos eruditos del griego afirman que el sentido del idioma, en Lucas, es "Todo el que repudia a su mujer para casarse con otra, adúltera; y el que se casa con la repudiada del marido adúltera. En otras palabras, cuando un hombre se divorcia de su mujer porque (su motivo es que) vio una que le gustó más, no porque encontró en su primera mujer algo indecente o fornicación sino porque directamente quería otra, Jesús dice que es incorrecto, es adulterio casarse con la otra y es incorrecto (adulterio) para el que se case con la repudiada por participar en el mal del hombre que se divorció sin razón válida.

Enseñanza epistolar

El primer texto que vamos a considerar es 1 Corintios 7.10-16. Es muy importante comenzar en este texto porque es el único pasaje de las epístolas que fue escrito específicamente para hablar sobre la cuestión del divorcio.

El primer punto digno de observación es la diferencia entre los versículos 10-11 y 12-16. Se dice que la diferencia está en que los primeros son inspirados porque los mandó el Señor y que los segundos no lo son porque expresan la opinión de Pablo, de modo que se puede opinar que aquí Pablo se equivocó. Pero esa forma de interpretar las Escrituras (aunque es muy conveniente si deseamos escoger y rechazar las partes de la Biblia que nos gustan personalmente) no es muy honesta.

Si se estudian las Escrituras con un poco más de honestidad y diligencia, se encuentra lo siguiente: Generalmente, cuando un autor dice que el Señor dice o manda algo, se refiere a verdades que el Señor dijo o mandó directamente en persona. En cambio, a través de todas las Escrituras, cuando el mensaje inspirado ha venido a través de una persona, lo más común es que hable como si fuera suyo. Vemos esto en el vr. 25 del mismo capítulo, donde Pablo dice nuevamente que no tiene "mandamiento del Señor; mas doy mi parecer, como quien ha alcanzado misericordia del Señor para ser fiel". Pablo considera que aquello que comparte como su opinión merece ser tomado como palabra fiel. Más aun, casi todas las epístolas están presentadas de esta misma forma por los apóstoles: "Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo... a la iglesia de....". O "Pedro,... a los expatriados que están en....".

¿Quién estaba escribiendo? ¿Pablo? ¿Pedro? Sí, bajo la inspiración de Dios (2 Pe. 1.20-21). Jesús mismo usa esta forma en diferentes oportunidades, cuando hace referencia a alguna verdad que Dios reveló a través de uno de sus instrumentos, y no en forma directa. Por ejemplo, dice que "por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió..." (Mt. 19.8). ¿Acaso Jesús está diciendo que lo dijo Moisés y no Dios? Nosotros sabemos muy bien que Moisés fue el medio a través del cual habló Dios.

Entonces, volviendo a 1 Corintios 7.10-16, encontramos lo siguiente: Los versículos 10-11 se refieren a una verdad sobre la cual Jesús dio un mandamiento en forma directa, pero los versículos 12-16 tratan de un tema del cual Jesús no habló, y del cual entonces habla Pablo. Fijémonos en lo que enseña:

1. "Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: que la mujer no se separe del marido; y si se separa, quédese sin casar, o reconcíliese con su marido; y que el marido no abandone a su mujer". En el contexto de los versículos 10-11 está hablando a parejas en que los dos son cristianos. En este caso, el Señor ha mandado directamente. ¿Cuáles son las verdades que se aplican a las parejas cristianas? Primero, que no se deben separar. Eso es lo correcto y debido. Las parejas cristianas tienen el poder como para resolver sus problemas en la gracia de Dios, de modo que no debe haber necesidad de separación. Pero, de todas maneras, otorga esa posibilidad cuando, por alguna razón, alguien no está queriendo o pudiendo vivir según esta norma. En esos casos, Pablo dice que, si se separa, no se debe volver a casar. No ordena que la pareja cristiana se separe, pero sí contempla la realidad de que va a ocurrir en algunos casos. Observe que no prohíbe la separación, sino que la reglamenta. Segundo, dice: "si se separa, quédese sin casar o reconcíliese con su marido". En este versículo, encontramos que el creyente que se separa de otro creyente no está en libertad de volver a casarse con otro. La persona tiene dos opciones: Permanecer sin casarse o reconciliarse.

Este pasaje se refiere a dos personas que son creyentes y que, aparentemente, no tienen causantes como el adulterio, para divorciarse. (En Mt. 19 estudiaremos las excepciones posibles). Una pareja donde los dos son creyentes, puede resolver problemas de carácter, de hábitos, de "incompatibilidad", con la ayuda del Señor (muchas veces el Señor usa un pastor, un libro, un profesional cristiano como instrumentos), si ambos están dispuestos a buscar ayuda. Debido a que, como creyentes, es posible que resuelvan cualquier problema, Dios no les da otra salida. Necesitan arreglar sus problemas o quedarse sin casar. Pero como no es fácil vivir sin pareja, la situación debe llevar a la persona a ver su necesidad de cambiar.

Pastoralmente, creo que cuando se ve a un miembro de la pareja que no está dispuesto a cambiar, y sus comportamientos o actitudes son pecaminosas, se hace necesario seguir los pasos de Mateo 18.15-18. Si no hay ninguna indicación de arrepentimiento, en ciertos casos se puede llegar a dudar de que esta persona sea nacida de Dios.

El adulterio tiene solución cuando la persona que lo cometió se arrepiente y se aparta, porque su cónyuge puede perdonarle con la gracia de Cristo. Pero cuando no hay arrepentimiento y se han seguido los pasos de Mateo 18.15-18, la pareja se ha disuelto de hecho.

Es importante para nosotros observar que la palabra "reconciliarse", en griego, implica la acción de resolver las dificultades o diferencias que han causado el problema. Muchas personas empujan a las parejas que se han separado a volver a vivir juntas, llamándole a eso "reconciliación". Pero, al no haber resuelto los problemas, el resultado es que, generalmente, al poco tiempo, se vuelven a pelear. Nuestro gran desafío, como consejeros, es ayudar a las personas a encarar los problemas y cambiar, para que puedan vivir juntas en una forma satisfactoria. No hay ninguna virtud en que vivan debajo del mismo techo, si día y noche se la pasan peleando y destruyéndose uno al otro. Tenemos que ayudarlos a reconciliarse (cambiar) bíblicamente.

2. En los versículos 12-16, el apóstol Pablo encara otro problema: El de una pareja "mixta", donde uno es creyente y el otro no. Cuando Jesús estuvo en la tierra no habló de este problema, de modo que Pablo

tuvo que hacerlo. Cuando el evangelio se extendió en culturas paganas, frecuentemente se presentó el problema de que un miembro de la pareja se convirtiera y el otro no. ¿Cuál es la enseñanza que los cristianos deben tener en cuenta?

a. Si el no creyente consiente ("siente placer", según el griego), el creyente no debe abandonar al no creyente. Debe vivir de tal forma que su conducta buena, casta, amorosa gane al no creyente (1 Pe. 3).

b. "Pero... (v.15) si el incrédulo se separa, sepárese". Si el incrédulo quiere separarse, el creyente debe separarse. Aquí hay un concepto en el cual es muy importante entender el vocabulario usado. La palabra aquí, en griego, es *chorizo*, que significa separación por divorcio total (vincular). El concepto católico de la separación como un estado intermedio, distinto del divorcio, era desconocido en la antigüedad. En aquellos tiempos, la separación se hacía por divorcio (total). No había separación sin divorcio. Tenemos que interpretar el pasaje a la luz del uso de la palabra en la época neotestamentaria y no según nuestros conceptos modernos. Literalmente, la frase dice: "Si el incrédulo desea separarse (el significado de la palabra en griego es: separarse por divorcio total) déjelo". La idea es que, si el incrédulo ha decidido divorciarse, el creyente no debe tratar de impedirlo.

Si hoy en día Pablo escribiera este versículo en castellano moderno, probablemente diría algo así: "Si el incrédulo se quiere divorciar, divórciese, firme los papeles". La expresión "sepárese", en el griego, está en el imperativo permisivo, que implica que el creyente debe separarse. Es una orden. En otras palabras, es un caso en que se exige el divorcio.

En el versículo 15, encontramos más evidencia importante sobre este concepto. Pablo dice que, en el caso de que el no creyente se separe, el hermano o la hermana no están sujetos a servidumbre. Hoy hay mucha controversia sobre lo que significa esta expresión, mayormente porque la vemos a través de nuestros ojos modernos. Pero miremos el sentido de las palabras en esa época. "Bajo servidumbre" y "no está... bajo servidumbre" eran términos legales que se empleaban en el comercio de esclavos. Cuando un amo compraba un esclavo, el esclavo quedaba sujeto al yugo de servicio ininterrumpido hacia el dueño. Si un esclavo se escapaba, el amo podía hacerlo arrestar y traer de vuelta, pero si se declaraba legalmente que "no estaba bajo servidumbre" el que había sido su amo hasta entonces, no tenía ya derecho alguno sobre él. La liberación del esclavo consistía en un "certificado de entrega" o "contrato de renuncia". Este justamente es el efecto que tenía la carta de divorcio en el caso del matrimonio mencionado en 1 Corintios 7.15.

"No está bajo servidumbre": Expresión fuerte que indica que el cristianismo no ha convertido al matrimonio en un estado de esclavitud para los creyentes. Claramente, el significado es que la deserción voluntaria por el cónyuge incrédulo deja libre al otro. Tales casos no están contemplados en las palabras de Cristo en Mateo 5.32 y 19.9, las cuales eran una instrucción dada especialmente para Israel, como pueblo de Dios, en primer lugar y luego para la Iglesia de Cristo."

El Dr. Jay Adams dice: «(En el vr. 15) el estado en que se encuentra el creyente después de tal divorcio, se define así: Bajo estas circunstancias el hermano o la hermana no está atado».

Todos los lazos del matrimonio han sido quitados. Está completamente eximido de toda obligación matrimonial y es una persona totalmente libre. Tampoco tiene ninguna obligación a reconciliarse en matrimonio. Pablo expresa esta idea más adelante en el versículo 27b, cuando habla de estar 'libre de mujer'. La palabra libre es *luo* (en griego), 'soltar, desatar, liberar', que en el versículo 27 está contrapuesta a *deo*, 'atar, ligar' (usada para decir que está ligado a su esposa). La palabra *deo* vuelve a aparecer en el vr. 39 con el mismo significado. Sin embargo, en el versículo 15, el término empleado, en lugar de 'ligado', es 'sujeto a servidumbre', del griego *douloo*, un término todavía más fuerte que significa 'esclavizar'. La idea es que, cuando los lazos del matrimonio se han roto, el creyente está liberado de sus obligaciones matrimoniales hacia el no creyente, y de la carga de tratar de mantener un matrimonio sobre el cual el no creyente no tiene pretensión alguna. Está liberado de esa esclavitud." Por lo tanto, está implícito que la persona divorciada está libre de las responsabilidades legales y espirituales. Como resultado, también está libre para volver a casarse mientras que esta vez los dos sean del Señor. No es un adúltero vuelto a casar, porque está libre delante de Dios, y aún podríamos decir en obediencia a Dios, ya que Él mandó que uno se separe (divorcie) si el incrédulo desea irse.

Lo básico que Dios señala aquí por lo cual el creyente debe "firmar los papeles" es: «Sino que a paz nos llamó Dios. Porque ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer?». Note dos razones: Primero, "que a paz nos ha llamado Dios". En otras palabras, Dios desea que el creyente viva en paz. Si es imposible en su hogar, por la convivencia con el

incrédulo (por culpa del incrédulo, si el creyente realmente está viviendo como Dios desea), la partida del mismo resulta en la posibilidad de que el creyente tenga la paz a la cual lo llama Dios. Segundo, siendo que no sabemos si el incrédulo va a conocer al Señor o no, no debemos basar nuestra esperanza en eso. Lamentablemente, muchos cristianos quieren prometerles a otros lo que Dios nunca ha prometido. Dios no le da al creyente la seguridad de que su cónyuge se va a convertir. Cuando algunos cristianos toman las palabras de Pablo al carcelero de Filipo, "Tú y tu casa serán salvos", están usando una promesa hecha a un hombre particular, que en ningún lado es repetida como una promesa a todas las personas. Este mismo Pablo, en 1 Corintios 7, enfatiza que no sabemos si el cónyuge se va a salvar, por lo cual no debemos frenar la separación si el cónyuge lo desea. ¡Qué diferentes son muchos de nuestros conceptos a los de la Biblia! ¡Qué error es decirles a los creyentes que no deben cooperar en la separación porque "hay que tener fe en la promesa de Dios de que Él va a salvar a toda la familia"! Ocurre en algunos casos y no en otros. No es que alentemos la separación sino que reconocemos lo que Dios enseña aquí.

Hace poco tiempo vino a mi oficina una señora que se ha estado resistiendo a otorgar la separación que su esposo desea. Ha intentado detener eso a toda costa. Pero ¿cuál ha sido el resultado? Sólo ha conseguido que el esposo se vuelva más agresivo; está maltratando a los niños y a ella misma. Después de haberle leído y explicado 1 Pedro 3.1-5, que habla de cómo tratar al esposo incrédulo, tratando de ganar al esposo por el lado bueno, también tuve que decirle que, si de todos modos, él sigue insistiendo en separarse, ella no debe oponerse.

Romanos 7.1-3

Este pasaje ha sido usado para enseñar del divorcio. Sin embargo, no fue escrito con ese propósito. Pablo usa el matrimonio para ilustrar una verdad teológica, pero no escribió este pasaje para hablar del matrimonio. Es lógico que él no mencione allí las excepciones a la regla general en el matrimonio, porque únicamente crearían confusión sobre el tema que en realidad está tratando: Nuestra unión con Cristo.

Creo que la respuesta cristiana al nuevo casamiento es igual. Dios, en su amor, provee un remedio que no es lo ideal. Sin embargo, el remedio permite a la persona vivir con la ayuda que necesita (Gn. 2.18) y con la protección necesaria contra la inmoralidad (1 Co. 7.2). Dios provee, en su misericordia y gracia, la posibilidad de una nueva oportunidad.

La triste necesidad del divorcio debe impulsarnos, como cristianos, a enseñar, amonestar, aconsejar y usar todos los medios posibles para ayudar a las parejas a no llegar nunca al punto de tener que divorciarse. Cada caso que enfrento me hace consciente de cuánto necesito trabajar para evitar este gran mal. El divorcio no es una cuestión fácil ni agradable, pero mientras haya pecado en el mundo, deberemos seguir enfrentando su realidad. Que Dios nos ayude a entender cada vez más su pensamiento para cada caso.

LOS MITOS DEL DIVORCIO

Por Ken Sande, Presidente de Peacemaker Ministries

Con el paso de los años, he notado que los cristianos en el proceso de buscar un divorcio usan el mismo grupo de razones para justificar su decisión de irse. En tanto que los cristianos no se ponen de acuerdo acerca de cuáles son las bases legítimas para el divorcio, es claro que muchos cristianos se divorcian por las razones equivocadas. A estas razones R.C. Sproul las llama “mitos” en su libro *El matrimonio Íntimo*. Si Ud. entiende la forma de responder amablemente a estos mitos, Dios puede usarlo para ayudar a alguien que esté considerando el divorcio.

Mito #1 Cuando el amor se ha ido del matrimonio, es mejor divorciarse

Aunque esta la manera típica en que habla el mundo, los cristianos han aceptado esta idea. Sin embargo, la base del matrimonio no lo constituyen los sentimientos de amor, sino que en el diseño de Dios, el compromiso es el fundamento y el amor es su fruto.

Mito #2 Es mejor que los niños pasen por un divorcio y no que vivan con unos padres que se la pasan peleando todo el tiempo

Aunque en medio de un matrimonio realmente infeliz, los padres puedan creer sinceramente esto, generalmente se trata de una racionalización superficial. Una forma de probar la sinceridad de los padres es pedirles que lean el libro de Judith Wallerstein titulado *El Inesperado Legado del Divorcio*, que expresa muy bien los muchos efectos perjudiciales del divorcio. Si aún después de leer estos hechos la pareja desea divorciarse, de todos modos tendrá que admitir que no son sus hijos lo que les importa, sino sus propios deseos egoístas.

Mito #3 – Dios me condujo hacia este divorcio.

La gente dice con frecuencia: “Sé que la Biblia enseña que en términos generales el divorcio no es la voluntad de Dios, pero en este caso Dios me ha dado una verdadera paz de que *este* divorcio es correcto”. Esta frase revela un entendimiento equivocado de la dirección divina, pues eleva la sensación de “paz interior” a un nivel por encima de la enseñanza de la misma Biblia. Esta perspectiva debe ser refutada y expuesta de manera específica.

Una manera de hacerlo es ayudar a la gente a ver que tener una sensación de paz interior no es una señal definitiva de contar con la aprobación de Dios. Varias veces le pregunto a la gente si cree que Jesús sentía una paz interior cuando se encontraba en el huerto de Getsemaní. Los ayudo a darse cuenta que nuestro Señor estaba lleno de ansiedad y agonía. Si hubiera caminado hacia el otro lado del huerto, él habría experimentado una sensación de alivio al escapar de la crucifixión; sin embargo, de haberlo hecho, él le habría dado la espalda a la voluntad de Dios. De manera similar, el divorcio puede prometer un alivio inmediato, pero también al final es contrario a la voluntad de Dios.

Mito #4 – Seguramente Dios no quiere que nadie permanezca en una situación tan infeliz

Este mito está basado en la suposición de que el propósito de Dios en la vida gira en torno a mi persona y mi felicidad. Cuando alguien intente usar este razonamiento, pregúntele lo que significa el hecho de que “un Dios amoroso no quiere que la gente sufra de esta manera”. Pídale que piense en la iglesia perseguida en la Roma del primer siglo. Si a esa persona se le hubiera pedido que aconsejara a los cristianos que estaban a punto de ser lanzados a los leones del circo romano, ¿les habría dicho: “un Dios amoroso no quiere que la gente sufra de esta manera”? ¿Qué le habría sucedido a la iglesia

primitiva si aquellos cristianos hubieran creído esa idea? Este tipo de preguntas puede ayudar a la gente a empezar a entender que han creído una mentira.

Para poder ayudar a la gente que está en medio de su sufrimiento, es crucial que entiendan que Dios tiene algo en mente mucho más importante que una vida placentera. Su propósito es conformarnos a la imagen de Su Hijo (Rom. 8:28,29). La Biblia enseña que este propósito requiere que seamos podados, derretidos y purificados para expulsar la escoria de nuestras vidas, y con frecuencia se logra a través del fuego del sufrimiento (Rom. 5:3-9)

Mito #5 – Sé que está mal, pero Dios es perdonador

Probablemente Ud. ha escuchado esta frase. Compárela con la firme advertencia que Moisés le dio a los israelitas en Deuteronomio 29:19-21. Creo que se puede parafrasear así: “Si ustedes suponen que pueden pecar deliberadamente, y que con decir luego unas palabras mágicas Dios les va a perdonar, no saben la grande ira que caerá sobre ustedes”. Pecar de manera deliberada es una cosa horrible. ¿Cómo puede la gente suponer que Dios les dará un corazón arrepentido después de persistir en una desobediencia totalmente intencionada? (Ver Hebreos 3:7-13; 12:16,17; Efe. 4:30; Prov. 28:14)

Imagínese que una mujer necesita dinero en efectivo y planifica el robo a un banco. Después de robar el dinero sale corriendo por la calle y se pierde por un callejón. Es claro que se ha salido con la suya. Luego asienta el dinero y dice: “Dios, lo lamento. Estuvo mal que haya robado ese banco. Por favor, perdóname. Gracias, Señor”. ¿Podría solamente tomar el dinero e irse de allí? La mayoría de la gente diría que no. ¿Cuál es la evidencia de un arrepentimiento genuino? La evidencia sería restituir el daño tomando el dinero y llevarlo de regreso al banco. De igual manera, alguien que esté considerando un divorcio pecaminoso no debería apuntar a un perdón barato, sino que debería ir en la dirección contraria y hacer todo lo posible para buscar la reconciliación y la restauración de su matrimonio.

Cómo evitar el adulterio emocional

por Dennis Rainey⁸

El adulterio emocional es una infidelidad del corazón. Cuando dos personas empiezan a hablar de luchas íntimas, es posible que compartan sus almas en la manera que Dios diseñó exclusivamente para la relación del matrimonio. El adulterio emocional es una amistad con el sexo opuesto que ha ido muy lejos. En la mayoría de los casos, la relación adúltera empieza como una relación casual en el trabajo, la escuela e incluso la iglesia.

Un esposo platica con una compañera del trabajo y le comparte algunas de las luchas que está atravesando con su esposa o sus hijos, y pronto las emociones se disparan tan rápidamente que sus corazones se encienden y al final se funden en uno. Para aquellos que ya lo han experimentado, este lazo es demasiado real como para poder negarlo.

SEÑALES DE QUE ESTÁS DESLIZÁNDOSE EN UNA ADULTERIO EMOCIONAL

- Sientes que tu cónyuge no llena alguna de tus expectativas: atención, aceptación, afecto
- Descubres que es más fácil abrirte con alguien diferente de tu esposa para contarle las dificultades en una comida, un descanso en el trabajo, al llevarla a su casa o por e-mail.
- Empiezas a hablar con ella de problemas que estás teniendo con tu pareja
- Empiezas a pensar que esa relación no tiene nada de malo
- Sientes ansias de ver a esta otra persona
- Escondes esta relación a tu pareja
- Te imaginas cómo sería estar casado con la otra persona

PASOS DE PREVENCIÓN

1. Fija tus propios límites. Rodea tu corazón con barreras para proteger tu territorio sagrado, reservado sólo para tu pareja. Compartan constantemente sus sentimientos y anhelos dificultades más íntimos.

2. Reconoce el poder de tus ojos. Los ojos son las ventanas del alma. Hay que bajar las persianas si percibes que alguien está detenido demasiado tiempo frente a tus ventanas.

Es verdad que es necesario mantener el contacto visual para una conversación efectiva, pero hay un tipo profundo de mirada reservada sólo para tu pareja. No hay que confiarse. Tal vez algunas personas creen que eres tímido, pero si desconfías de tu naturaleza pecadora y has visto lo que le ha sucedido a otros, entonces te puede suceder a ti también.

3. Extingue las reacciones químicas que ya hayan empezado. Si te das cuenta de que con otra persona encuentras una mayor satisfacción, un mayor afecto que sólo debes encontrar en tu pareja, entonces debes terminar esa relación de inmediato. Tal vez al principio lo veas como una pérdida, pero no será más doloroso que la tentación que da a luz el pecado.

⁸ Encontrado en http://www.familylife.com/articles/article_detail.asp?id=444

Alguien que tuvo el coraje de terminar una relación inapropiada le escribió una carta a su amigo que terminaba con estas palabras:

“La amistad siempre irá hacia algún dirección, a menos que esté muerta. Tú y yo sabemos a dónde está yendo la nuestra. Cuando una relación amenaza la estabilidad de los compromisos que hemos hecho con la gente que más apreciamos, esta relación ya no puede continuar.”

4. Ten cuidado de aislarte en tu matrimonio. Una estrategia del enemigo es aislarnos de nuestra pareja, especialmente tentándonos a tener secretos con ella. Hay que esforzarse en compartir abiertamente uno con el otro.

5. Nunca dejes de cortejar a tu pareja. Nunca dejes de competir por el amor de tu pareja, porque así te mantendrás siendo creativo para comunicarle tu amor, tanto física como espiritualmente. Nunca des por sentado el amor de tu pareja. Alguien puede entrar en su vida y agarrarla en su momento débil. Debemos siempre fortalecerla y decirle que sigue siendo la persona con la queremos morir a su lado.

Muchas de las personas que cometen adulterio se sorprendan de que haya sucedido; hablan como si los hubiera empujado una irresistible fuerza de la naturaleza. Pero recordemos que nadie se cae de un barranco si está a 15 metros de distancia. Lo que sucede es que avanzan poco a poco hasta llegar a estar en serio peligro. Debemos esforzarnos en hacer de nuestro matrimonio una prioridad de tal manera de que no nos acerquemos a la orilla.